

En este volumen confluyen diversos estudios científicos y los resultados de varios proyectos de investigación que se desarrollan actualmente en el fecundo terreno arqueológico menorquín. Los coordinadores de la obra, Fernando Prados (Universidad de Alicante), Helena Jiménez (CNRS - Universidad de Toulouse) y José J. Martínez (Universidad de Murcia) forman parte del proyecto MODULAR, que tiene como principal objeto de estudio el mundo fenicio-púnico desde sus manifestaciones arquitectónicas. Desde MODULAR se presta especial atención a la conexión entre el mundo fenicio-púnico y las culturas locales, evaluando los procesos de hibridación y mestizaje resultantes. Entre los laboratorios de estudio y análisis destaca Menorca, sobre todo en su fase post-talayótica. El citado proyecto se inscribe en una línea prioritaria de investigación que se desarrolla desde el Instituto de Arqueología de la Universidad de Alicante y cuenta con el apoyo del Consell Insular de Menorca, dentro de su programa de ayudas para la realización de intervenciones arqueológicas, el Ajuntament de Ciutadella, la SHA Martí i Bella y el Camping Cap Blanch, desde diversas figuras colaborativas que van del apoyo logístico al mecenazgo.



cepoAt
MONOGRAFÍAS
2

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS
Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez (Coords.)

Publicacions
des Born, 25



2017

UNIVERSIDAD DE MURCIA

CENTRO DE ESTUDIOS DEL PRÓXIMO ORIENTE Y LA ANTIGÜEDAD TARDÍA

Fernando Prados · Helena Jiménez · José J. Martínez
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS MENORCA ENTRE FENICIOS Y PÚNICOS



cepoAt
MONOGRAFÍAS 2

CERCLE ARTÍSTIC
CIUTADILLA DE MENORCA
1891
Publicacions des Born, 25

Auspiciadas por la SHA Martí i Bella, las XIII JORNADAS DE INVESTIGACIÓN HISTÓRICA DE MENORCA (Ciutadella 2015) tuvieron como temática la presencia fenicia y púnica en la isla. Menorca, a pesar de disfrutar de una posición estratégica privilegiada en la órbita marina de esta cultura, se encuentra en clara desventaja en comparación con el conocimiento que se tiene sobre otros espacios geográficos de la esfera fenicio-púnica. Este “problema” científico e histórico, además, se hace más palpable en un momento como el actual, en que se trabaja en la propuesta para la inclusión de una parte del patrimonio arqueológico insular en la lista de la UNESCO. Si la clave de estas acciones radica en proteger, conservar y difundir este patrimonio, la base de todo ello ha de ser siempre el conocimiento, enfatizando el binomio “investigar para difundir”, que servirá para determinar las pautas y las acciones por las que deba encauzarse su gestión de cara a garantizar su sostenibilidad. Esta es la principal motivación de esta obra, científica y divulgativa a la par, en la que participan diversos especialistas sobre el mundo fenicio y púnico y la cultura talayótica menorquina.

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2

AÑO 2017

DIRECTORES: Rafael González Fernández (Universidad de Murcia), Gonzalo Matilla Séiquer (Universidad de Murcia), José Antonio Molina Gómez (Universidad de Murcia)

SECRETARIO: José Javier Martínez García (Universidad de Murcia)

CONSEJO ASESOR:

Juan Manuel Abascal Palazón (Universidad de Alicante),
Alejandro Andrés Bancalari Molina (Universidad de Concepción, Chile)
Pedro Barceló y Batiste (Universität Potsdam)
Rosa María Cid López (Universidad de Oviedo)
Joaquín María Córdoba Zoilo (Universidad Autónoma de Madrid)
Adolfo Antonio Díaz-Bautista Cremades (Universidad Católica de San Antonio de Murcia)
Juan José Ferrer Maestro (Universidad Jaime I)
José Miguel García Cano (Universidad de Murcia)
David Hernández de la Fuente (Universidad Nacional de Educación a Distancia)
Adam Łukaszewicz (Universidad de Varsovia)
Pietro Militello (Universidad de Catania)
Iwona Mtrzwesky-Pianetti (Universidad de Varsovia)
José Miguel Noguera Celdrán (Universidad de Murcia)
Juan Carlos Olivares Pedreño (Universidad de Alicante)
Bernardo Pérez Andreo (Instituto Teológico de Murcia OFM, Universidad Pontificia Antonianum de Roma)
Fernando Prados Martínez (Universidad de Alicante)
Sabine Panzram (Universidad de Hamburgo)
Josep Padró Parcerisa (Universidad de Barcelona)
Esther Sánchez Medina (Universidad Autónoma de Madrid)
Margarita Vallejo Girvés (Universidad de Alcalá)
Isabel Velázquez Soriano (Universidad Complutense)
Juan Pablo Vita Barra (CSIC Madrid)

UNIVERSIDAD DE MURCIA
PUBLICACIONES DEL CEPOAT
Nº 2

Fernando Prados Martínez
Helena Jiménez Vialás
José Javier Martínez García
(Coords.)

MENORCA ENTRE FENICIS I PÚNICIS
MENORCA ENTRE FENICIOS Y
PÚNICOS

Cercle Artístic de Ciutadella
Publicacions des Born, 25

2017

PUBLICACIONES DEL CEPOAT

Nº 2
AÑO 2017

Este libro ha sido debidamente examinado y valorado por evaluadores ajenos a la Universidad de Murcia, con el fin de garantizar la calidad científica del mismo.

Reservados todos los derechos por la legislación en materia de Propiedad Intelectual. Durante los primeros doce meses, ni la totalidad ni parte de este libro, incluido el diseño de la cubierta, puede reproducirse, almacenarse o transmitirse en manera alguna por ningún medio ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, informático, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito de la editorial.

La monografía se inscribe en el Proyecto *Modular. Análisis arqueológico y documental de la arquitectura fenicio-púnica de Menorca*, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad (RYC 2011-08222), el Consell Insular de Menorca, y cuenta con el apoyo del Camping Cap Blanch, el Ajuntament de Ciutadella y la Societat Històrico-Arqueològica Martí i Bella.

Los intercambios deberán realizarse a través de:
Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía
C/ Actor Isidoro Máiquez, 9, 30007, Murcia.
Tlf: +34 868883890
Correo electrónico: cepoat@um.es
URL: <http://www.um.es/cepoat>

Portada: Bronce de Rafal des Frares (Museu Diocesà de Ciutadella) Foto: Joan de Nicolás
I.S.B.N.: 978-84-946637-0-3
Depósito Legal: MU 101-2017
Edición y Fotocomposición: CEPOAT
Impresión a cargo de Compobell S.L.

“En esta isla, que por su pequeñez, por su aridez y aspereza, es la última de la tierra, los cartaginenses, como se deduce de los nombres impuestos, fundaron dos pequeñas ciudades situadas en línea recta una a cada extremo; Iamona orientada a poniente, Magona, en cambio, lo está hacia levante”

Severus Minoricensis, *Epistula*, 2, 5.

“Estrabón que es el más juicioso de los antiguos Geógrafos, nos dá á entender que desde el tiempo que los Fenicios se apoderaron de estas Islas, los vecinos de ellas se havian distinguido en el manejo de las hondas, lo que es suponer en mi concepto que en ocasion de dicha conquista ya estaban pobladas las Baleares. Pero y quando fué que esto aconteció? Estrabón no lo dice, y asi veamos si por otros medio lo podemos conjeturar, porque averiguarlo del todo, lo graduo por imposible después de tantos siglos, y de tanta escasez de noticias de una antigüedad tan remota”

Joan Ramis i Ramis 1818, 20-21.

ÍNDICE

Miquel Àngel María Ballester <i>Presentació</i>	9
Carlos González Wagner <i>Prólogo</i>	11
Fernando Prados, Helena Jiménez y Ángel Roca <i>Del gris al blanco. La isla de Menorca en el mapa fenicio y púnico</i>	13
<hr/>	
Adolfo J. Domínguez Monedero <i>El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios</i>	17
Joan Ramon Torres <i>Pecios y ¿colonias? materiales púnicos en las Islas Baleares</i>	41
Ana María Niveau de Villedary y Mariñas <i>Nuevos datos sobre la evolución formal y estilística de los “pebeteros en forma de cabeza femenina”. A propósito del ejemplar de Torralba d’en Salort (Alaior, Menorca)</i>	85
Fernando Prados Martínez y Helena Jiménez Vialás <i>Menorca entre fenicios y púnicos: una aproximación arqueológica desde la arquitectura defensiva</i>	105

Montserrat Anglada, Antoni Ferrer, Lluís Plantalamor i Damià Ramis <i>Continuïtat cultural en època de canvis: la producció i preparació d'aliments a Cornia Nou (Maó, Menorca) durant els segles IV-III aC</i>	137
Joan C. De Nicolás, Simón Gornés i Joana M. Gual <i>Indicis d'un santuari púnico-talaiòtic en el poblat de Biniparratx Petit (Sant Lluís, Menorca)</i>	157
Helena Jiménez, Fernando Prados, Joan C. De Nicolás, Andrés M. Adroher, Octavio Torres, José J. Martínez, Iván García, Diego López, David Expósito y Sonia Carbonell <i>Prospección arqueológica en Torrellafuda (Ciutadella, Menorca). Al encuentro de la Menorca púnica</i>	181
Damià Ramis <i>Evidències de contactes exteriors al món talaiòtic a partir de l'estudi del registre faunístic</i>	201
Antoni Ferrer Rotger i Irene Riudavets González <i>Denes púniques de pasta de vidre a Menorca: el conjunt del cercle 7 de Torre d'en Galmés</i>	219
Octavio Torres Gomariz <i>Cercles menorquins: aproximación a la influencia de la arquitectura púnica en las viviendas postalayóticas de Menorca</i>	231
Andreu Torres, Bartomeu Obrador y Joan C. De Nicolás <i>Ba'al-Hammon, Caelestis y el dios del plenilunio en el santuario con taula de Son Catlar (Ciutadella)</i>	245
Bibliografia	277

PECIOS Y ¿COLONIAS? MATERIALES PÚNICOS EN LAS ISLAS BALEARES

Joan Ramon Torres¹

PREÁMBULO

Si se pretende un enfoque del tema, bajo el título estricto propuesto por los organizadores del presente coloquio², vienen a la mente diversas dudas de orden conceptual que, evidentemente, no radican en simplezas, como el hecho que no pueda o no convenga realizar una puesta al día de pecios y materiales púnicos del litoral y del espacio terrestre balear, cuestión siempre oportuna; las dudas derivan del término colonias y, por extensión, de la presunta colonización de ambas islas, denominadas en algunos textos antiguos *Cromioussa* y *Meloussa* (Hecateo, en Esteban de Bizancio, Iacoby, 51 y 52).

Cabe recordar que algunos párrafos contenidos en textos de la Antigüedad, al menos de algún modo, darían a entender que ambas islas habrían sido objeto de colonización semita; es el caso del obispo Severo para quien los pequeños *oppida* de Iamo y Mago, respectivamente Ciudadela y Mahón, eran obra de los púnicos (Sev. *Minor.* 2, 5), o del *Lib. gen. Hyppoliti* (216), donde se dice que estas islas eran habitadas por cananeos. Incluso, en Estrabón (III, 5, 1) aparece una frase que, según se interpretara, daría pábulo a cuestiones de este tipo: “(···) se afirma que de manera especial ejercitaron este arte (el tiro con honda) a partir del momento en que los fenicios ocuparon las islas”.

Aún en el mejor de los casos, los textos antes citados se insertarían en contextos históricos distintos; unos en un momento antiguo, sin duda arcaico, en el cual, incluso, podría darse el caso que se estuviera hablando de la propia Ibiza, mientras que, en otros, los hechos podrían referirse a la fundación de enclaves estratégicos durante la segunda guerra púnica.

El debate de la colonización de las Baleares, avivado a finales de los años 70, con la entrada en escena de algunos hallazgos espectaculares, a la cabeza de los cuales se encontraba, desde luego, na Guardis, se ha enfocado, en algunas ocasiones, bajo

1 Consell Insular d'Eivissa, Dept. de Patrimoni Històric.

2 Un sincero agradecimiento al Prof. F. Prados y al Sr. Àngel Roca, presidente de la SHA Martí i Bella, por la invitación cursada. Al mismo tiempo, se agradece a O. Pons su eficaz gestión, desde el museo de Menorca, para las fotografías de la fig. 7 y a J. C. de Nicolás la fotografía de la fig. 12 núm. 4.

la óptica de simples prejuicios de tinte actual, mientras que, en otras, en un marco de afianzamiento de escuelas teóricas sobre los fenómenos de relación en épocas primitivas y en la Antigüedad, algunos autores mostraron más preocupación en estar *à la page*, que en construir sobre los datos reales discursos coherentes. En cualquier caso, la fluctuación pendular de opiniones sobre esta cuestión puede leerse a través del balance sobre el tema, publicado en paralelo hace algunos años, tanto en Mallorca (Quintana y Guerrero 2005), como en Menorca (Castrillo 2005).

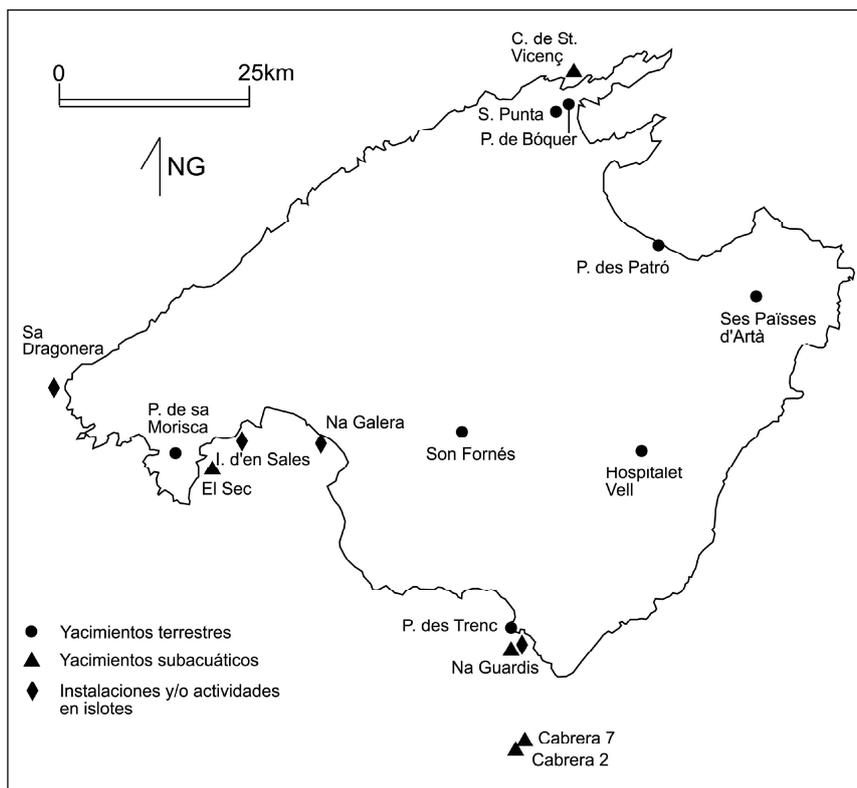


Fig. 1. Mapa de Mallorca con los principales yacimientos citados en el texto.

La realidad es que, a pesar de ser una cuestión ampliamente abordada por diversos investigadores, sobre todo a lo largo de los últimos ya más de treinta años, ningún planteamiento al cual se haya podido llegar desde entonces acaba de ser convincente en todos sus extremos. Aunque, como no podría ser de otro modo, se volverá sobre esta cuestión, cabe adelantar que, por una parte, se tratará específicamente de dos puntos singulares, como son na Guardis, conocido desde finales de los años 70 y publicado, y na Galera, esta última objeto de excavaciones recientes, aún en curso, y de la máxima actualidad. Por otra, se volverá al tema genérico de la presunta “colonización” aplicado a estas islas. Vaya por delante que, por razones obvias, las líneas que siguen a continuación son menos una visión desde el mundo autóctono, que desde el mundo púnico.

En cuanto a los materiales de importación en las Baleares, en el periodo considerado, se van a tratar aparte los amplios complejos vasculares registrados en dos puntos, ya calificados antes de peculiares, como son na Guardis y na Galera. La razón es simple, al menos en buena parte, sino todos, deben ser vistos como elementos de uso directo por parte de ebusitanos, que no hicieron sino trasladar a estos enclaves su propia cultura material, sin que ello signifique que eran destinados a un intercambio con la población autóctona, al menos en las proporciones registradas en los islotes.

Por lo que atañe a la cuestión de los pecios, cabe adelantar que estos reflejan situaciones y momentos distintos. Su presencia en el litoral de las Baleares resulta de sumo interés y, como se ha dicho al principio, nunca está por demás una nueva puesta al día de su indudable aportación, máxime cuando existen novedades recientes al respecto.

Cabe una aclaración en cuanto al ámbito cronológico del presente trabajo, cuyo límite inferior se remonta a la época de la colonización fenicia de Ibiza, en plena época arcaica, y que acaba en un momento indeterminado del siglo II aC. A nivel de nomenclatura balear, estaría entre el final de la época denominada Talayótica y, sobre todo, dentro de la fase que le sigue, llamada Postalayótica, que incluye subdivisiones en fases³, sobre todo, por los investigadores que trabajan en Mallorca y Talayótico final, o simplemente Talayótico, también con subdivisiones, principalmente en Menorca.

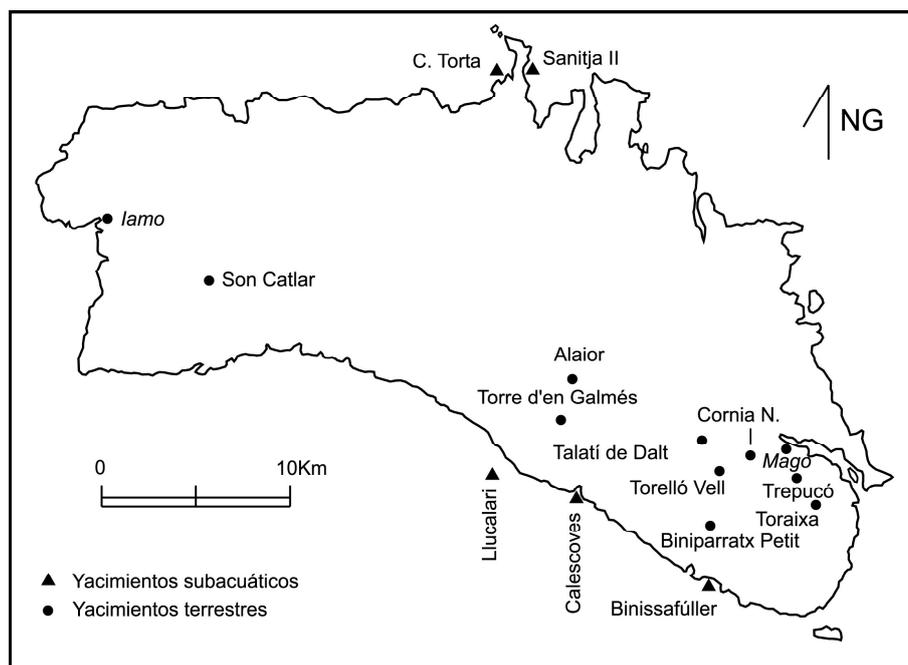


Fig. 2. Mapa de Menorca con los principales yacimientos citados en el texto.

3 Una nomenclatura sin definición propia, en relación a lo que, a partir de un momento dado (c. 550 aC), la cultura Talayótica habría dejado de ser.

1. PECIOS Y OTRAS EVIDENCIAS SUBMARINAS

Antes de abordar el tema de las evidencias subacuáticas, cabe advertir que dos pecios importantes no serán aquí tenidos en consideración, más que de modo indirecto y secundario. El primero de ellos, es el de Cala de Sant Vicenç (Nieto y Santos 2009, Santos 2010), sin duda un mercante foceo, probablemente con base en *Emporion*, que habría realizado previamente diversas escalas comerciales incluido el ámbito ibérico, con un cargamento mixto ánforas magno-grecas, probablemente del sur Calabria, e ibéricas, de distintas procedencias, aparte de otros materiales. Sobre sí su presencia en la costa N de Mallorca era o no intencional, existen posturas absolutamente confrontadas (Hernández-Gasch 2009, 290; Guerrero 2009-2010, Santos 2010, 251). En cualquier caso, lo que sí es seguro, es que parece completamente ajeno al comercio púnico, pues ningún elemento material, ni de otro tipo, permite establecer una mínima vinculación en este sentido.

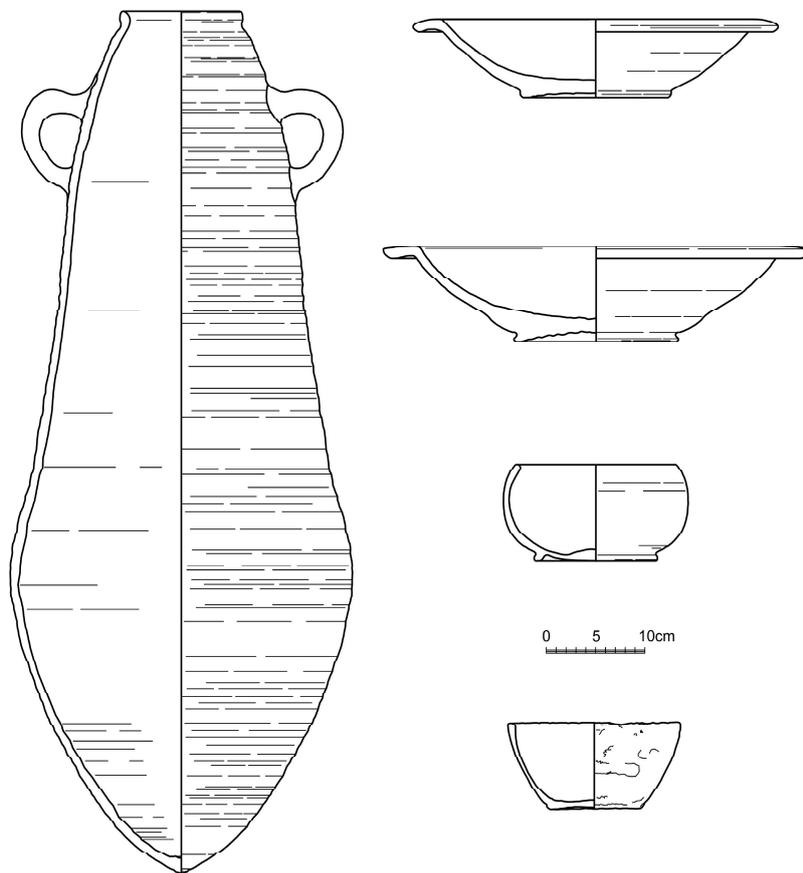


Fig. 3. Pecio de Llucalari, ánfora, morteros y cuenco ebusitano y cuenco talayótico según Aguelo *et al.* 2016.

El segundo es bien conocido en la bibliografía mediterránea, se trata del pecio del Sec, en la bahía de Palma (Arribas *et al.* 1987, entre otra bibliografía). Este mercante transportaba un voluminoso y variado cargamento de ánforas griegas de procedencia oriental, principalmente del Egeo, y otras, en número mucho menor, fabricadas en ambiente greco-italico, así como un importante lote de vajilla ática de barniz negro y de figuras rojas, entre otros materiales, incluidos púnicos del área Cartago-Túnez, con una pequeña representación de ánforas ebusitanas. Este barco formaba parte de una línea comercial, seguramente controlada por Cartago, que pasaba por Ibiza y, sin embargo, muy de acuerdo con casi la totalidad de investigadores, este mercante, púnico con toda probabilidad, naufragó en Mallorca accidentalmente, no por que su destino comercial fuera esta isla.

Entrando ya en los pecios y materiales que sí reflejan un comercio púnico dirigido a las Baleares, cabe destacar que las mayores novedades se sitúan en Menorca. En primer lugar, el pecio de Lluçari, al sur de la isla, que se halla a gran profundidad (fig. 2). En el momento de redactar estas líneas ha visto luz un avance del mismo, donde se da a conocer el lote de cinco piezas (fig. 3), por ahora, recuperadas (Aguelo *et al.* 2016), concretamente un ánfora T-8111, de morfología inicial, dos morteros y un cuenco convexo ebusitano, así como un cuenco troncocónico del talayótico IV menorquín, aunque el repertorio visible en el fondo marino es más amplio. Se trata, seguramente, de un mercante ebusitano, naufragado de vuelta a Ibiza, tras un viaje comercial a Menorca, en torno al 400 aC o pocos años después.

Aún más reciente es la noticia de otros dos posibles pecios en Sanitja (fig. 2), en la costa N de Menorca. El primero de ellos ha sido denominado Sanitja II (Talavera y Contreras 2015, 106-108, fig. 2) y transportaba básicamente (tal vez más del 75 %) un cargamento de ánforas púnicas cilíndricas del Mediterráneo central, al menos una de las cuales parece atribuible al T-4212 (id., fig. 2 arriba dcha.). Los autores, aparte de este tipo, mencionan también la existencia de ánforas T-4113, así como, en menor medida, T-42110. Además, siempre según los referidos investigadores, existían unas pocas masaliotas tipo 3 y 4 (15 %) -que, al menos en el caso de la única fotografía dada a conocer, podría tratarse más bien de un ánfora etrusca tardía- y, completando el repertorio, algunos fragmentos de ánforas ebusitanas (T-8111?) (8 %). Constituye un combinado sugerente, pero cabrá esperar una publicación más amplia y explícita de los materiales, antes de manifestar una opinión acerca de la naturaleza, recorrido y cronología exacta (tal vez primera mitad del siglo IV aC) de este buque.

En cuanto al segundo, denominado de Cala Torta (Talavera y Contreras 2015, 108-109, fig. 5), los materiales, también fragmentarios, hasta la fecha, se reducen a un ánfora T-1323, una PE-22 -esta última, a juzgar por su tipo de borde, de pleno siglo IV aC- y un ánfora ibérica, además de un cuenco ebusitano, cuya morfología no se precisa, ni se ofrece ilustración. Son pocos, pues, los materiales conocidos y sobre ellos cabe señalar que existe una diacronía neta, al menos, entre el ánfora T-1323 y la PE-22.

Binissafüller (fig. 2) es bien conocido en la bibliografía científica, ya que este pecio, repetidamente expoliado, en un principio, fue parcialmente excavado en 1975 por la UCM y el MPBAM (Belén y Fernández-Miranda 1977, 69-79, 1979, 160-163), dando lugar a distintas opiniones y siendo desde entonces su cronología largamente controvertida, aunque hoy parece claro que debe fecharse hacia mediados del siglo IV aC, sino algo antes (Aguelo *et al.* 2013, 79). Además, se ha podido comprobar que corresponden, no al pecio, sino al uso como fondeadero de la cala, algunos de los materiales sobre todo ebusitanos del siglo III aC (Pons 2012, 100). Conviene volver sobre la nave de Binissafüller, gracias a las recientes intervenciones que han tenido lugar después, principalmente en 2006 y 2011, y de las cuales se han publicado algunos artículos (Aguelo *et al.* 2007, 199-208; Aguelo y Pons 2012, 96-101; Aguelo *et al.* 2013).



Fig. 4. Pecio de Binissafüller, vistas parciales del cargamento de ánforas ibéricas *in situ* según Aguelo y Pons 2011.

Actualmente, se dispone de una cifra estimativa del cargamento principal de la nave, como es sabido, compuesto por ánforas ibéricas (fig. 4), de entre 330 y 450 recipientes. El resto de materiales es muy minoritario, interpretándose, más bien, como material de a bordo; está formado por unas pocas ánforas ebusitanas T-8111 y PE-22 y algunas piezas de vajilla ebusitana, como dos platos de pescado grises y al menos un bol del tipo AE-20/I-125. Otras piezas esporádicas, de procedencia distinta, asociadas con la embarcación, son un fragmento de ánfora T-12111, fabricada en la costa central andaluza y otro de un ánfora T-4212, del área Cartago-Túnez, además de un *oinocoe* púnico, también norteafricano. Existen, finalmente, dos fragmentos de cuencos áticos con decoración de rueda de dientes (Aguelo *et al.* 2013).

Otro dato que no puede obviarse es la presencia de pepitas de uva en los envases ibéricos, que parecen garantizar que el contenido del cargamento era vino. Nuevamente, el tipo de material vascular de formato reducido asocia el yacimiento de Binissafüller a un buque ebusitano.

El siguiente pecio, en orden cronológico descendente, que ahora, no sólo por su interés evidente, sino también por su problemática particular, va a ser discutido con mayor profundidad, es el Cabrera 2. Como yacimiento arqueológico, puesto que nunca ha sido objeto de excavaciones científicas, es muy mal conocido, aunque cabe recordar que casi medio centenar de piezas, producto de acciones particulares de expolio, fue dado a conocer por D. Cerdá (1978, 89-106, fig. 20-34) y, a partir de entonces, se erigió en un punto de referencia en multitud de trabajos posteriores.

Sin embargo, pesar de las circunstancias en la cuales se habían obtenido los materiales, y a la luz de otros contextos fiables publicados con posterioridad (sobre todo el conjunto ibicenco FE-13 -*cf.* Ramon 1997), quedó claro que la homogeneidad cronológica de los materiales atribuidos al Cabrera 2 era incuestionable. El propio Cerdá, muchos años después, volvió sobre este pecio, con el interés añadido de presentar algunos materiales nuevos, producto de prospecciones realizadas por él mismo, en los años 1978-1979 (Cerdá 2000, 83-107, lám. VIII-IX).

Los materiales presentes en la nave, en el momento del naufragio, ofrecen un abanico amplio de procedencias. En primer lugar, del área Cartago y, en general, de la costa N y E de la actual Túnez, se documentan ánforas T-5231 (al menos tres individuos), T-5232 (al menos una pieza) T-13121 (una pieza), una T-7211, una T-3212 y, finalmente, una T-6121 (Ramon 1995, 62). Por otra parte, parece hoy posible que uno de los cuencos, de paredes convexo-verticales, pertenezca a este mismo ámbito y, por supuesto, también un jarro de borde ancho, además de dos morteros.

En cuanto a materiales de fabricación ebusitana, se documentaron al menos

nueve ánforas fragmentarias T-8131⁴, cuatro cuencos tipo CC-99 y algunos contenedores medianos, concretamente uno tipo C2/15 y otro Eb.70. Del área de la Cataluña actual, proceden un cuenco del taller de Rosas y un jarrito gris bicónico. Tal vez, un jarro de asa sobreelevada, pudiera atribuirse a una producción masaliota. Por otra parte, ¿de Campania? dos ánforas greco-italicas antiguas, un *guttus* de barniz negro Morel 8151 probablemente de Campaniense A. Otras piezas, sin una nueva revisión directa de los materiales, son de más difícil atribución; existían también lingotes de plomo o estaño.



Fig. 5. Pecio de Cabrera 7, ánforas T-8132 y PE-24 *in situ* según Pons 2005.

4 En un principio, daba la impresión que existía un combinado de ánforas ebusitanas T-8121 con T-8131, la publicación posterior de nuevas piezas (Cerdá 2000, fig. 63) aconseja considerar este bloque preferentemente en relación a este último tipo.

Es obvio que el naufragio del Cabrera 2, que hace años (Ramon 1995, 62) fue emplazado “alrededor del 210-190 aC”, hoy, debe situarse mejor antes del 200 aC, ya que ningún elemento, con claridad, tiene una cronología certificada posterior a esta fecha. En efecto, las piezas de vajilla señalan claramente un pleno siglo III aC, además, en el mismo sentido, la morfología de las greco-itálicas, igualmente ofrece pocas dudas. Incluso, ánforas púnicas como la T-3212, que en su momento fueron fechadas *grosso modo* en el siglo III -aunque señalando que su presencia al menos era segura en contextos del último cuarto, pero no descartando un inicio anterior a 250 aC (Ramon 1995, 183)-, han sido identificadas, no hace mucho, entre los restos submarinos de la batalla de las Égadas, donde no caben especulaciones: 10 de marzo del 241 aC, *ante quem*, para la cronología de fabricación de este tipo (Oliveri ep). Por otra parte, la identidad de muchos materiales con los del conjunto FE-13, fechado en el último tercio o cuarto del siglo III aC (Ramon 1997, 72), ya fue planteada en su momento.

Fuera de lo dicho, no caben, por ahora, ilusiones de mayor precisión, puesto que con los conocimientos arqueológicos actuales, el barco tanto pudo viajar poco antes, como en un momento inicial o incluso más avanzado de la Segunda Guerra Púnica.

Hoy, como es el caso, sería imposible volver sobre el Cabrera 2, sin establecer una comparación con otro pecio, investigado de antiguo, pero cuyo cargamento no ha sido dado a conocer en profundidad, sino en fechas recientes (Cibecchini *et al.* 2012). Se trata del Sanguinaires A, en la costa occidental de Córcega. El elenco de materiales que transportaba cuando su hundimiento ofrece también un panorama complejo.

Aparte de un importante cargamento de vidrio en bruto, de origen tal vez oriental, de la zona tirrénica procede un lote mayoritario de ánforas greco-itálicas (zona meridional de la Toscana, Lacio y Campania), pero también algunas piezas de vajilla de Campaniense A antigua. Del mediterráneo oriental, a parte del cristal, proceden algunas ánforas de fabricación rodia, cnidia, de Kos y tal vez de otros centros, así como piezas de vajilla “Colour Coated Ware” y cerámica de cocina. Las producciones masaliotas de cerámica de pasta clara son significativas, algunas ánforas, piezas de vajilla y jarros de asa sobreelevada, entre otros tipos. Este cargamento se completaba con ánforas del área de Cartago y costa de Túnez actual, T-5231, T-5232, T-7211, T-7411 e, incluso, un modelo asociado a este último tipo, pero de carácter híbrido.

Los autores, después de un detallado análisis de posibilidades, descartando el gran cabotaje, se decantan por la hipótesis que el buque recorriera, a través de Sicilia occidental y la costa de poniente de Cerdeña, una ruta principal que, en realidad, enlazaba los grandes puertos de Cartago y Massalia (*id.*, 63) y sitúan, sin duda con razón, pocos años después del 200 aC la cronología del naufragio.

Con el Sanguinaires A, el Cabrera 2 comparte la presencia de una parte significativa del complejo anfórico púnico centro-mediterráneo (T-5231, T-5232 y T-7211), comparte además la presencia de ánforas greco-itálicas, aunque en proporciones inversas e, incluso,

un posible jarro masaliota. En cambio, el Cabrera 2 incorpora un cargamento importante de ánforas y otros vasos ebusitanos y, además, su repertorio de material púnico del área Cartago-Túnez es más amplio, tanto a nivel anfórico, como por la presencia de vajilla y morteros de esta zona. Por otro lado, su cronología es a todas luces anterior, no sólo de años, sino tal vez de algunos decenios, esto sí, en el margen del último cuarto o tercio del siglo III aC.

Parece obvio que el Cabrera 2 había zarpado desde un puerto, también importante, y en este caso, sin duda el de Ibiza, pero la pregunta, por ahora, podría seguir siendo ¿cuál era su destino previsto? Si la hipótesis de partida, como no puede ser de otro modo, se refiere a la propia Mallorca, cabe observar que la enorme presencia de ánforas T-8131 e incluso del resto de materiales ebusitanos, al menos en Menorca, la hacen verosímil, pero en cambio, el cargamento de vasos de Cartago y tanto o más su variabilidad morfológica y funcional, tiene escasa visibilidad en dicha isla. Si especula con la posibilidad que se dirigiera, no genéricamente a las Baleares, pero sí a un punto específico, como na Guardis, las posibilidades aumentan ligeramente, en el sentido que en el yacimiento ebusitano sí existen, por ej., morteros cartagineses, pero no ánforas T-5231/2. Otra posibilidad sería Menorca, donde el número de ánforas de este tipo parece más consistente, por ejemplo, en Biniparratx (*cf. infra*).

En cualquier caso, si se compara el elenco de Cabrera 2, con el observado en centros de más al N, como son Ampurias (Ramon 1995, 36-39) y Rosas (Puig 2006), e incluso algunos centros ibéricos costeros de Cataluña, por ej., Alorda Park (Asensio 1996), las posibilidades son aún mucho mayores. No es posible, pues, descartar la posibilidad que, en el curso de un viaje más largo, un temporal arrastrara la nave hasta Cabrera, sin descartar tampoco que tuviera previstas escalas en las Baleares y, en este caso, Menorca con mucho mayor probabilidad que Mallorca; el tema, pues, queda abierto.

Pasando ahora al Cabrera 7, este se sitúa también en el archipiélago del mismo nombre (fig. 1), concretamente al sur del pequeño islote conocido como illa dels Conills y fue solamente objeto de dos campañas de excavación, en 1996 y 1997 que, sin embargo, arrojaron datos y una documentación gráfica interesante en extremo (Pons 2005, 753-779). Las medidas estimadas del buque son entre 15-20 metros de eslora y 6-8 de manga. Su cargamento principal eran ánforas ebusitanas T-8132 y PE-24 (fig. 5, 1-3), además de greco-italicas tardías, tipo Will E, que era complementado por jarras Eb 69 y Eb.73, así como vajilla de mesa y cuencos morteros ebusitanos. Es importante que en el interior de algunas de las ánforas T-8132 y PE-24 se recogieron numerosas pepitas de uva. Además, entre los restos del casco se documentaron piñas y corteza de pino, huesos de aceitunas y cepas de viña.

Con los datos disponibles, es obvio que se trata de un mercante ebusitano y su cronología de naufragio, con verosimilitud, atendiendo la morfología precisa de los materiales transportados, el tercer cuarto del siglo II aC. El Cabrera 7 está lejos de la

complejidad vista antes, en el caso del Cabrera 2, por lo cual, y bien de acuerdo con lo señalado en su día por sus excavadores, sólo cabe recordar que es un mercante ebusitano, en viaje comercial a Mallorca.

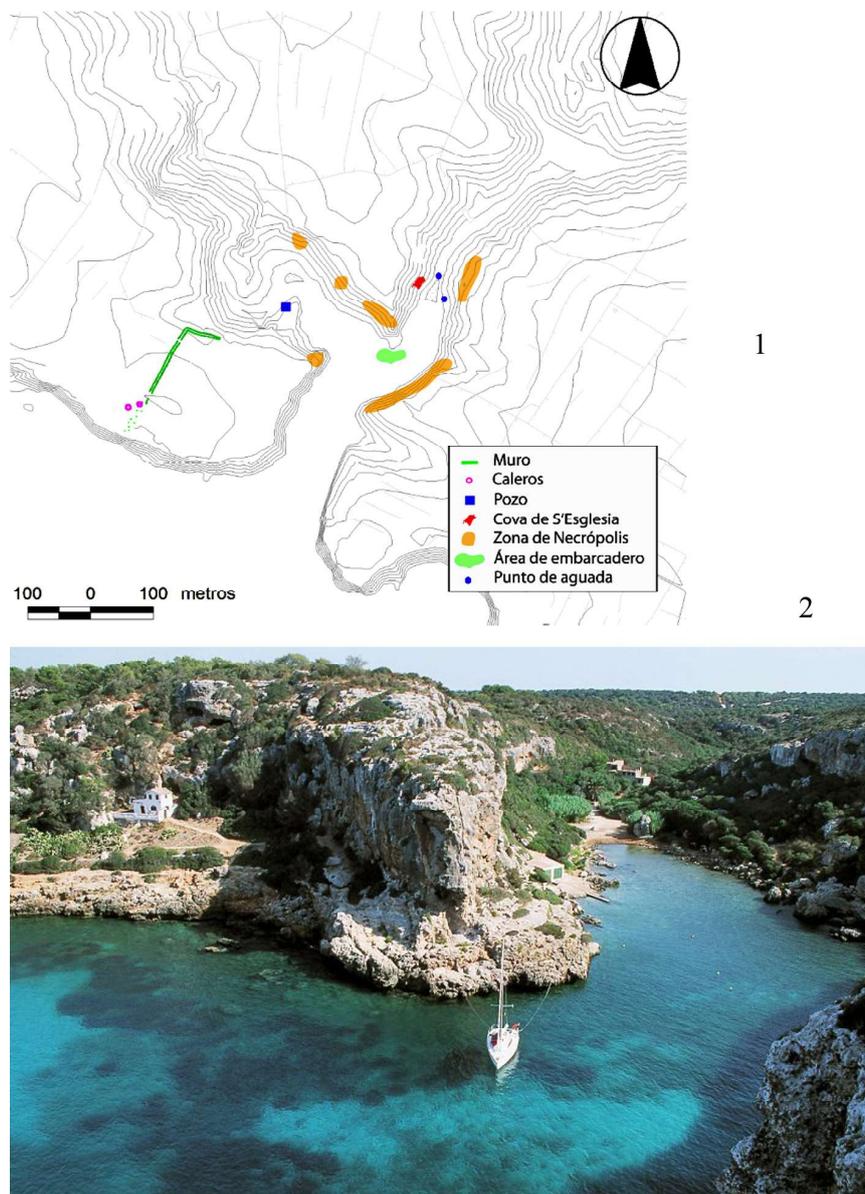


Fig. 6. Calescoves, 1: plano de los yacimientos según Orfila, Baratta y Mayer 2010; 2: imagen del morro central.

Calescoves (fig. 2) es un pequeño puerto natural, provisto de agua dulce, en la costa sur menorquina y todo un clásico en relación al tema que se trata ahora, porque, a partir del siglo IV y hasta el siglo II aC, aparece como un espejo de la situación comercial

púnico-ebusitana en esta isla. En realidad, este punto, de excelentes condiciones para el refugio de naves, es al mismo tiempo un buen punto de conexión con los terrenos circundantes, donde no faltan asentamientos talayóticos de importancia. Además, en el paraje rocoso y escarpado del sitio, existen otras implantaciones, como una relevante necrópolis de hipogeos (Veny 1982), un recinto fortificado sobre el morro que flanquea por el costado de poniente la entrada, e incluso dos lugares de culto en cueva, utilizados hasta época romana (Orfila, Baratta y Mayer 2010) (fig. 6, núm.1), sin agotar el repertorio.

Todos los investigadores que han tratado el tema, coinciden en que la presencia del cúmulo de material submarino responde a un largo uso del lugar como fondeadero. Sin embargo, cabe no perder de vista que este refugio natural, sin el beneplácito de la comunidad autóctona que lo controlaba de modo estricto, podía convertirse en una trampa mortal para los buques extranjeros que penetraran en su interior.

De hecho, hay motivos para preguntarse si los barcos ebusitanos echaban el ancla, justo debajo del precipicio central de la doble cala (fig. 6 núm. 2), sólo con finalidades comerciales. Una terracota representando la figura sedente de una divinidad femenina (fig. 7 núm. 3) y una inscripción púnica, deberían al menos diversificar el discurso, máxime cuando la gran necrópolis y las cuevas-santuario otorgan al lugar un marcado carácter sacro. La inscripción (Fernández-Miranda y Uberti 1985) tiene como soporte un fragmento de vaso ebusitano (un cuenco gris, según sus editores) perfectamente recortado, es en lengua púnica con caracteres cursivos, con desarrollo en ambas caras y, a pesar de algunas dudas, parece claro que es un documento religioso, que incluso incorpora textualmente un pasaje bíblico (*Samuel* II, 4, 9). En la medida que, tanto esta pieza, como la figura, pudieron haber sido ofrendas arrojadas al mar intencionalmente -como es bien conocido sucedía, por ejemplo, en la Punta del Nao y La Caleta de Cádiz (entre otra mucha bibliografía, cf. Muñoz 1990-1991)- cabe preguntarse cuántos de los vasos, que a continuación se comentarán, fueron arrojados con propósitos parecidos.

A lo publicado, fruto de las intervenciones subacuáticas dirigidas por Fernández-Miranda en 1975-1976 (Belén y Fernández-Miranda 1977 y 1979; Fernández-Miranda y Uberti 1985) y 1986-1987 (Rodero 1991), se ha añadido una evaluación de elementos anfóricos (Juan, De Nicolás y Pons 2004, 262-263), así como un estudio de los vasos de campaniense A (Pons y Salvà 2015). Por otro lado, O. Pons (2012, 100-102) proporciona datos numéricos sobre un total de piezas estimado en 5770 NR, cifra evidentemente no desdeñable. De este modo, a pesar de quedar no poco material extraído, aún por publicar (acción que sería importante acometer), la información divulgada hasta la fecha arroja bastante luz sobre algunos de los principales aspectos del yacimiento.

Al menos entre el material publicado hasta la fecha, no existen elementos vasculares anteriores al siglo IV aC. En este momento, se registran ánforas ebusitanas T-8111 (21 individuos) y PE-22 (65 individuos, que pueden pertenecer tanto al siglo IV como al III aC), pero también, como mínimo, dos T-4212 (producciones de área de

Cartago del siglo IV aC). En cuanto al siglo III, a su primera mitad deben pertenecer un amplio número (147 individuos) de ánforas T-8121, y a su último tercio las T-8131 (69 individuos) y, al menos, tres piezas T-5232. En el siglo II aC, se documentan ánforas T-8132 (68 individuos) y PE-24 (17 individuos), pero es también destacable el número de recipientes de la costa tunecina T-7421 y 7431 (61, sobre todo del primer tipo). El número de greco-itálicas es también muy elevado (111 individuos).



Fig. 7. Calescoves, materiales ebusitanos diversos (fotografías Museu de Menorca).

Teniendo en cuenta alta cantidad (la mayor de todas por tipo) de ánforas T-8121 es completamente lícito suponer que un número considerable de PE-22 también debe pertenecer a este momento. En cuanto a la segunda mitad de siglo, lo mismo puede

suponerse de otras PE-22 y greco-italicas antiguas (ambas en número no precisado), junto con las T-8131. En bloque, el número de piezas del siglo III es sin duda mucho mayor que el del II y, por supuesto que el del siglo IV aC y destaca su primera mitad o dos primeros tercios. Se sabe por las publicaciones originales, que existían al menos una o dos ánforas ibéricas, pero no se dispone de datos cuantitativos absolutos.

Otras categorías vasculares van a la par de la información anfórica, ahora bien, aquí cabe hacer algunas puntualizaciones no exentas de importancia. La primera, que en el siglo IV aC prácticamente sólo existen ánforas, excepción hecha de una posible copa ática, tal vez unos pocos cuencos ebusitanos convexos de borde engrosado, un pequeño cuenco convexo (Belén y Fernández-Miranda 1979, fig. 33 núm. 10) y algunos de los morteros tipo AE-20/I-167 (Ramon 1990-1991, fig. 8) (fig. 7 núm. 1), aunque cronológicamente estos últimos se prolongan durante buena parte del siglo III aC. Ningún contenedor mediano o pequeño, con garantía, pertenece a este momento.

Es posible que cuencos hemisféricos de cerámica común, a veces pintados con círculos concéntricos, muy parecidos, o simplemente derivados del tipo AE-20/I-125 (Ramon 1990-1991, fig. 5), que son extraordinariamente abundantes en el yacimiento, acompañen durante la primera mitad del siglo III aC las ánforas T-8121.

A partir de c. 275-250 aC aparecen en Calescoves multitud de piezas de vajilla ebusitana en pasta gris, pero sobre todo con pintura rojo-negro, iguales a las encontradas en el depósito V del taller AR-33 (Ramon 2011a, fig. 19-20), el pozo HX-1 y el taller FE-13, estos últimos repetidamente citados. Se trata de cuencos tipo CC-99 (fig. 7 núm. 4), HX-1/53-54 (muy abundantes) (fig. 7 núm. 5), platos de pescado (muy abundantes) (*cf.* para las producciones vasculares tardo-púnicas: Ramon 2012) y, tal vez, una olla tipo FE-13/308 (Belén y Fernández-Miranda 1979, fig. 41 núm. 1, publicada como talayótica). Además, aparecen los pequeños y medianos contenedores tipo Eb.77 (fig. 7 núm. 2), Eb.72, Eb-70, Eb.69, Eb23, etc., pero, en cambio, parecen faltar jarras C2/15 y *askoi* -documentado en yacimientos terrestres menorquines como Torelló (Gornés y Plantalamor 1990-1991, 228, fig. 9)-, entre otras formas. Existen también en este fondo marino vasos de fabricación talayótica y cerámica gris de la costa catalana, junto con *kalathoi* ibéricos.

Aunque se ha identificado un número considerable de ánforas T-8132 y muchas de las greco-italicas deben también pertenecer a este momento, lo mismo que diversas piezas de Campaniense A (Pons y Salvà 2015), el panorama material de Calescoves, en sus líneas básicas, es aparentemente similar al del siglo anterior, incluso más pobre en términos absolutos. En cualquier caso, cabe recordar la vajilla ebusitana, con sus típicas imitaciones de la Campaniense A, y otras piezas como, por ejemplo, morteros. Ninguno de los materiales parece ir más abajo del segundo cuarto del siglo II aC, dejando, evidentemente, de lado piezas posteriores, de carácter esporádico y que podrían obedecer a otras dinámicas.

El último yacimiento subacuático que va a ser ahora discutido se ubica en el denominado fondeadero N de na Guardis, a escasos metros de la costa del islote. Este yacimiento fue excavado por primera vez en 1978 y, de nuevo, en 1979. La primera intervención permanece inédita en todos sus extremos, con excepción de algunas piezas dibujadas para ilustrar un mapa con motivo de una exposición arqueológica (Cerdá 1980). La segunda, en cambio, fue publicada de modo exhaustivo (Guerrero 1984, 20-89, lám. VI-XXII, *id.* 1985a). Interesa ahora el denominado nivel II, cuya cronología, probablemente en secuencia continua, tiene un final no muy avanzado el segundo cuarto del siglo II aC, momento de abandono del establecimiento púnico sobre el islote. El elenco de piezas fue en su día publicado y reconsiderado en distintas ocasiones (Guerrero 1984, 1985a, 1999a; Ramon 2012). La única observación que cabe añadir es que, igual que sucede con los materiales sobre el islote, se trata de elencos vasculares, de combinaciones con materiales de importación, e incluso de proporciones, que podrían perfectamente trasladarse a cualquier yacimiento contemporáneo de la misma Ibiza, sin que ello generara problemas de identidad.

A nivel proporcional, las ánforas no parecen ocupar un porcentaje especialmente destacado, y las ebusitanas responden sobretudo al T-8132, aunque también al PE-24. El resto de materiales fabricados en los talleres de Ibiza, que es mayoritario, está formado un amplio elenco de contenedores medianos, especialmente del tipo Eb-69 y Eb.73, pero también olpes Eb.13c, *askoi* y otras formas bien conocidas (para los complejos ebusitanos tardo-púnicos *cf.* Ramon 2012); ocupando un lugar destacado, por su abundancia, está la vajilla de mesa, tanto en pasta gris, como con pintura rojo-negro, que en buena parte responde a imitaciones directas de formas contemporáneas de la Campaniense A (que en su día les valió el desafortunado término de *pseudo-campanienses*). En cuanto a elementos no ebusitanos, de los talleres de la costa N y NE de Túnez, destacan ánforas T-7231 y T-7232, cuencos mortero de borde colgante y otros contenedores pequeños, existe también cerámica ibérica, gris y pintada. Finalmente, la representación italo-republicana se compone de algunas greco-italicas tardías, junto con otras ya muy próximas a las Dressel 1A, además de algunos vasos de cocción, morteros y vajilla campaniense A media. Una excepción, dentro del grupo de barniz negro itálico, es un cuenco de campaniense B, pero antiguo, de producción etrusca.

Como es bien sabido, el editor de este yacimiento subacuático consideró que se trataba del pecio de un mercante ebusitano, hundido alrededor de 140-130 aC. Cabe poner en duda que se trate de un naufragio, no sólo por el hecho de faltar todo tipo de elemento constructivo del supuesto barco, sino también porque los materiales del presunto cargamento ofrecen una secuencia demasiado larga (como mínimo, entre el último tercio del siglo III aC, hasta la fecha de abandono de la instalación, aparte de la presencia esporádica de algunas piezas incluso muy anteriores) y, finalmente, porque la *componenda* de este amplio conjunto vascular tampoco parece la propia del cargamento de un barco. En este caso, sólo cabe una interpretación, que en este punto marino, que casi

coincide físicamente con la instalación portuaria del enclave, se arrojaron durante largo tiempo vasos amortizados o accidentados.

A modo de breve recapitulación en torno a la aportación de los datos submarinos en las islas Baleares, lo primero que cabe señalar es que estos reflejan claramente lo mismo que puede observarse en los yacimientos terrestres. Cuando en tierra no existe tal reflejo, la única interpretación válida es que su presencia en las islas no fue, literalmente hablando, sino accidental y este es el caso del Sec e, incluso, por las razones antes expuestas, probablemente también del Cabrera 2. Por lo que respecta al barco griego de la cala de Sant Vicenç que, cómo se ha visto, es tema controvertido, una seguridad plena en el sentido que viajara intencionalmente al N de Mallorca, al menos desde un análisis de la arqueología actual, y visto también desde la óptica de Ibiza, sigue sin existir.

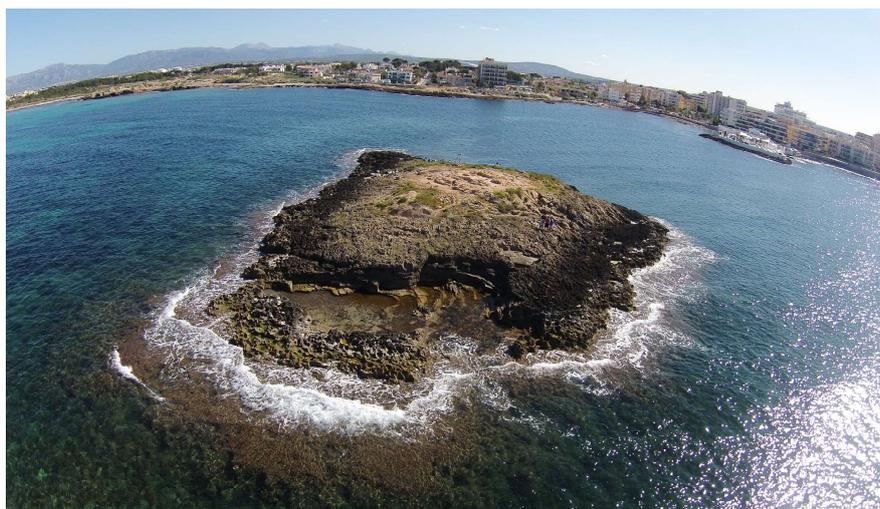
En cambio, el resto de yacimientos submarinos, antes comentados, sí son el reflejo de navegaciones con destino (exclusivo, o no) a las Baleares y, en todos los casos, las probabilidades que se tratara de barcos ebusitanos, con diferencia, son las más elevadas.

Un último aspecto, que no puede ser obviado, es el carácter de los cargamentos de estos barcos, cuya componenda está formada esencialmente por ánforas de vino, en unos casos propiamente ebusitano y en otros, ibérico. Este último aspecto se halla refrendado no sólo por el barco de Binissafüller, sino también por la propia composición de los complejos ebusitanos desde el siglo V hasta el III aC de la propia Ibiza, donde la presencia de ánforas ibéricas, igual que sucede en muchos yacimientos baleáricos, es altamente significativa. Las ánforas ibéricas y, evidentemente también su contenido, formaron parte del comercio ibicenco; realidad que, sobre todo en el siglo II aC, puede además extrapolarse a ánforas de fabricación greco-italica y del círculo de Cartago.

Otro detalle en relación a la carga comercial de los mercantes ebusitanos es la ausencia de contenedores medianos, al menos hasta la época del Cabrera 2 o, dicho en otras palabras, hasta el último tercio del siglo III aC. En este contexto, un pequeño *oinochoe* de Binissafüller debe ser visto como propiedad de la tripulación, aunque en la zona catalana sí se registra la exportación de contenedores medianos ibicencos en el siglo IV aC. En efecto, en ninguno de los pecios anteriores a esta fecha se han encontrado jarras y -dato no intrascendente, puesto que aquí sin duda también existe un factor de productos contenidos en ellos, como se ha señalado en otras ocasiones- tampoco en los asentamientos mallorquines y menorquines contemporáneos. Sin embargo, a partir de la fecha citada, el panorama se transforma radicalmente, a la vez que también se encuentran en yacimientos terrestres, sobre todo de Menorca, signo evidente de algún cambio, por ahora difícil de entender.

2. CASOS PARTICULARES: INSTALACIONES Y OTROS INDICIOS DE PRESENCIA EBUSITANA EN ISLOTES COSTEROS DE MALLORCA

Na Galera (fig. 8), sin duda, es una de las mayores novedades en el ámbito del presente trabajo. Este islote, emplazado en la costa can Pastilla, era arqueológicamente citado desde hace algunas décadas por el hallazgo superficial de elementos cerámicos (Guerrero 1981, 220-221).



1



2

Fig. 8. Na Galera, vistas aéreas según <https://nagalerapunica.wordpress.com>.

Desde el año 2012, tienen lugar intervenciones arqueológicas que han puesto al descubierto una serie de estructuras, escalonadas en fases, de alto interés (Martín, Argüello y Jovani 2015). La estructura más antigua dibuja en planta un cuadro de cinco por cinco m, y está construida con bloques grandes de piedra caliza y tiene cerca de uno de sus extremos dos pequeñas puertas afrontadas (fig. 9 núm. 1). Se relacionan con esta fase un pozo de planta cuadrada, con entalles laterales (Martín y Argüello 2015) (fig. 9 núm. 2), en fondo del cual, una jarra Eb.69 (fig. 9 núm. 3) y un jarrito Eb.23 b se asociaban a una incineración humana. Tal vez, una cisterna pueda adscribirse a esta fase.

La segunda fase constructiva (fig. 9 núm. 1) se traduce en una reparación de los muros de la estructura primigenia, que seguiría así en uso, y, además, la construcción de un muro envolvente, que dibuja una planta también cuadrada de diez por diez metros, con una superficie total construida de 100 m². Se observan también algunas compartimentaciones internas, en la parte S y O del recinto. De este modo, el pozo funerario antes citado quedó bajo el ángulo SO de la construcción ampliada.

Tal y como señalan sus excavadores (Martín, Argüello y Jovani 2015, 151), por su morfología, estas construcciones tienen un carácter peculiar, impresión que se acrecienta con la presencia del pozo de enterramiento. Dejando de lado su naturaleza estricta, es obvio que puede calificarse en ambas fases, como mínimo, de edificio singular, aunque los complejos materiales de carácter mueble asociados no manifiestan ningún rasgo característico.

Cabrá ver con detalle todos los materiales asociados a ambas fases constructivas para un pronunciamiento definitivo acerca del origen, presumido en la primera mitad del siglo III aC, de la fase inicial, puesto que, al menos por ahora, no se han documentado elementos del siglo IV aC. De momento, puede decirse que la jarra del pozo funerario, que claramente marca un *post quem* para la ampliación del edificio, es similar a las de los complejos ibicencos HX-1 (Ramon 1994) y FE-13 (Ramon 1997), fechados en el último tercio del siglo III aC. Aún dentro de este mismo siglo, es decir algunos años o unos pocos decenios después, cabe situar la desaparición, al parecer por incendio, del edificio cuadrado en su segundo estadio constructivo. Una cosa parece segura, y es la afiliación ebusitana del recinto construido durante la segunda mitad del siglo III aC, tanto por una técnica y concepción arquitectónica distinta a la que contemporáneamente utilizaban las comunidades talayóticas, como por los elementos de cultura material, con una composición típicamente ebusitana y una presencia muy baja (poco más del 5 %, según estimaciones preliminares) de cerámicas indígenas.

Las fases posteriores de ocupación del islote ofrecen información más sesgada (Martín, Argüello y Jovani 2015, 151) (fig. 9 núm. 1), cosa lógica puesto que siempre son los estratos superiores los más expuestos a devastaciones naturales y antrópicas. En todo caso, a un momento no constructivo, relacionado, en opinión de los autores, con pequeñas operaciones comerciales del siglo II aC, seguiría, ya a finales de esta centuria, una

reocupación breve del islote con la construcción de un edificio de planta subrectangular, calificado de “balear”, al cual se asocian algunas actividades de fundición, a juzgar por las características de algunas subestructuras localizadas en su interior. En todo caso, su lapso temporal global no parece, por ahora, resultar del todo claro.

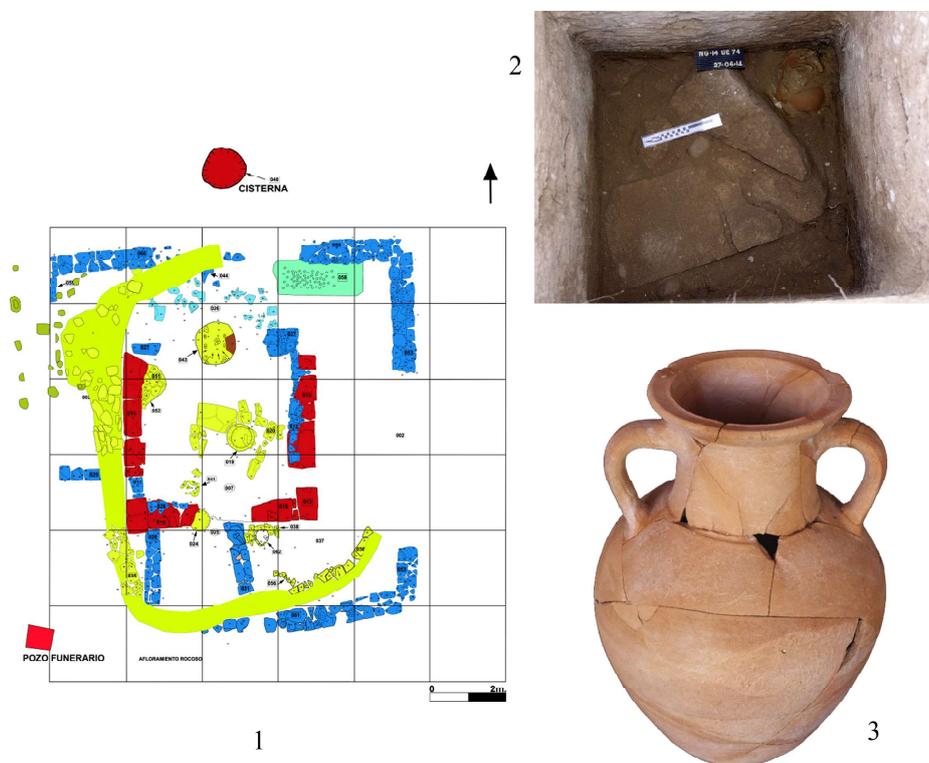


Fig. 9. Na Galera, 1: planta con indicación de fases de las estructuras según Martín, Argüello y Jovani 2015); 2: pozo cuadrado según Martín y Argüello 2015; 3: jarra Eb.69 según Martín y Argüello 2015.

Antes de entrar en el ya famoso yacimiento de Na Guardis, es de justicia reconocer la labor del colega, por desgracia prematuramente apartado de la investigación, Dr. Víctor M. Guerrero, a quién se debe un conocimiento profundo del lugar y, lo que es no sólo más importante, sino lamentablemente inusual en buena parte de excavaciones que se realizan, la publicación exhaustiva de los resultados de las campañas que llevó a cabo entre 1979 y 1987 (los trabajos base son Guerrero 1984 y 1997), campañas que, dicho sea de paso, no pudieron, ni mucho menos, ser concluidas, por razones ajenas a su voluntad. Que algunas de sus opiniones, por el paso de los años, sean hoy matizadas, o simplemente corregidas, porque a veces diferentes puntos de visión obligan, no debe en absoluto empañar una labor importante.

Como es bien sabido, na Guardis (fig. 1) es un pequeño islote, cuya superficie aproximada es de 7100 m², construida 1000 a 1100, total útil actual 2400 m², en forma de montículo de contornos suaves, con una cota máxima de 11 msnm, que se ubica en su extremo O (fig. 10 núm. 1). En su cúspide fueron construidas al menos dos estancias, una de ellas conservada íntegra en planta y la segunda casi desaparecida, con excepción del arranque del muro S, donde se conserva, aparentemente *in situ*, un interesante dintel monolítico. La estancia 2 (fig. 10 núm. 2 y fig. 11) es una construcción rectangular alargada, subdividida a su vez por una pequeña zona de vestíbulo cuadrangular y un espacio más alargado al fondo. Destaca una buena técnica constructiva en los paramentos y en el citado umbral. Tanto en el espacio de la estancia 1, como en cada uno de los dos compartimentos de la 2, se hallaron puntos de combustión, que se denominaron hogares, de hecho, en las descripciones no se precisa de qué tipo, aunque, al parecer, no contaban con estructuras constructivas específicas.



1



2



3

Fig. 10. Na Guardis 1: foto aérea IDEIB/CAIB 2015; 2: habitación 2, detalle (fotografía J. Ramon); 3: taller metalúrgico (fotografía J. Ramon).

De la esquina sur de la estancia 2, arranca un muro de, aproximadamente, 1 m de anchura que, a pesar de una cierta divergencia, puede considerarse paralelo a otro, que hace lo propio desde la esquina NE, cerrando por el S de modo oblicuo y definiendo un amplio espacio trapezoidal de poco menos de 300 m². Esta estructura muraria fue considerada de carácter defensivo (fig. 11).

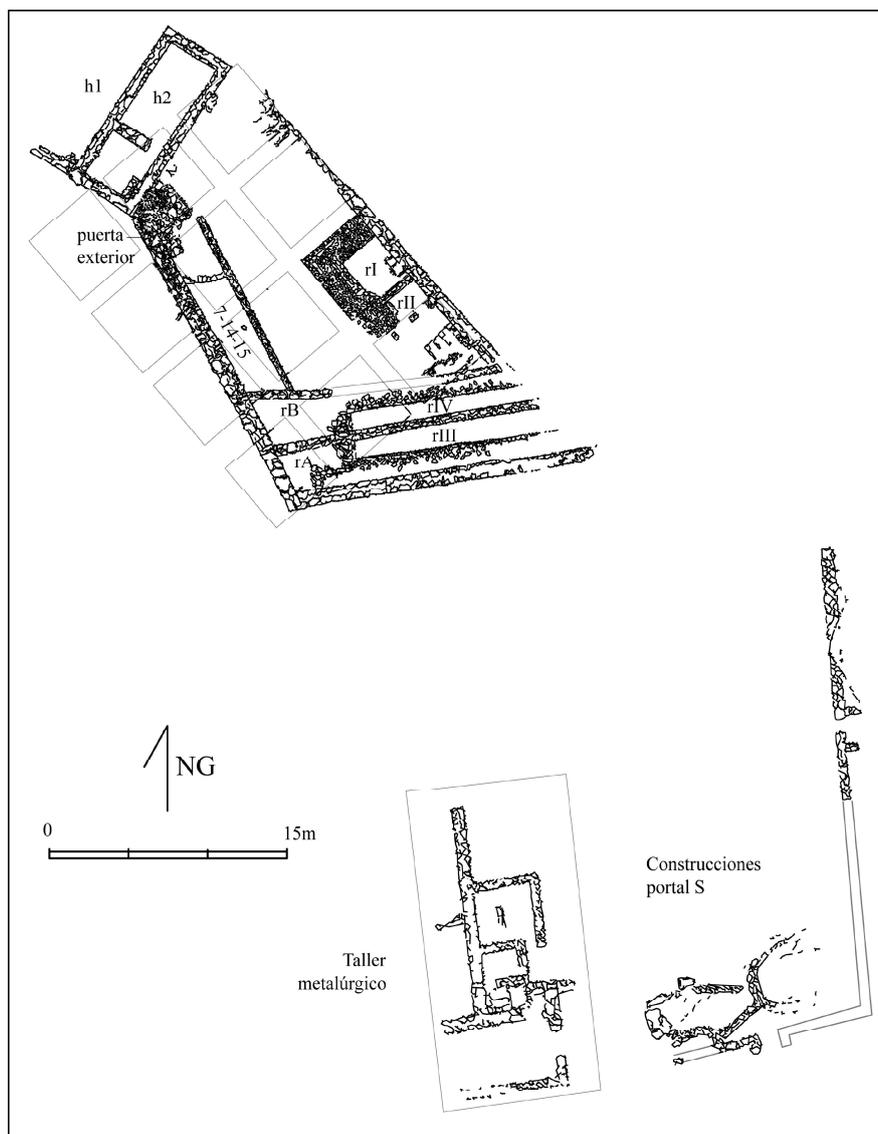


Fig. 11. Na Guardis, estructuras constructivas, a partir de Guerrero 1997, modificado.

En su interior se desarrollan dos largos compartimentos (A y B), pegados paralelamente a su extremo SE, el más alejado de las estancias 1-2. Estos fueron, al parecer, amortizados en un momento dado y sobre ellos otra estancia muy alargada tomó

su lugar (recintos III-IV), sin embargo algo no encaja en relación al esquema estratigráfico. Sobre su funcionalidad se hablará después.

En su costado NO, entre las estructuras anteriormente citadas y la habitación 1, existe otro compartimiento largo orientado transversalmente en relación a los antes mencionados, que forma el denominado edificio 7-14-15, su superficie interior útil supera levemente los 25 m². En este ámbito, de proyección muy inclinada, que también sufrió otras transformaciones, y que además cuenta con una escalera en su parte alta, se pudo documentar una secuencia de pavimentos, el inferior debió ser parcialmente amortizado en el último tercio del siglo III aC, mientras que el superior, con al menos dos hogares, pervivió hasta la última fase ocupacional. En todos los casos, los conjuntos vasculares no denotan sino actividades de carácter doméstico.

Finalmente, adosados al muro de cerca oriental, se documentan los recintos A1 y B1, que son dos estancias yuxtapuestas, de planta y dimensiones más bien pequeñas y situados en planos escalonados, debido a la pendiente del terreno. Frente al llamado recinto I se hallaron dos bases pétreas, posiblemente para postes. En su interior, parcialmente por debajo del muro de cierre (muro 1), apareció una ofrenda fundacional; más al sur, contra el mismo muro, una posible rampa ¿o contrafuerte? Ambas estancias se han interpretado como de función habitacional o mixta, la presencia de algunos nódulos de hierro semielaborado ha planteado la posibilidad que fuera la vivienda de un herrero.

La comprensión del ámbito trapezoidal no resulta clara, por el hecho que no llegó, ni mucho menos, a ser excavado completamente, ni en extensión, ni en profundidad, hecho que afecta de modo especial la parte central del espacio; incluso, la mayoría de los sectores excavados no lo fueron en detalle.

El tema de los almacenes A-B y III-IV (fig. 11) es oscuro a muchos niveles, puesto que, tal y como está dibujada la única sección estratigráfica publicada (Guerrero 1997, fig. 85) surgen dudas, incluso, que el recinto III-IV sea un doble recinto y, no solo esto, sino también el orden de secuencia entre ambas fases. Además, estos compartimientos largos estarían supuestamente conectados de modo directo con un embarcadero, para una descarga directa, pero se hallan en realidad sobre un escarpe abrupto, de 5 metros de altitud snm, cuya conexión nunca se ha podido arqueológicamente demostrar.

En definitiva, con unos datos, como ya se ha dicho, lamentablemente incompletos, se tiene la impresión que lo primero que hicieron los ebusitanos fue construir uno o dos ámbitos, tal vez gemelos, en la cúspide destacada del islote; su carácter doméstico o doméstico-almacén, posiblemente, sólo sea aparente. A continuación, sin que pueda descartarse una secuencia continua de hechos, conectado con las construcciones de la parte superior, se diseñó un amplio recinto cerrado con gruesos muros, que se extendió por la ladera inclinada SE. Adosados a los muros de cierre se construyeron diferentes estancias, que antes se han comentado, cabe la posibilidad que estas dejaran un patio abierto en la parte central, hecho no investigado, por ahora.

Al sur de las construcciones anteriormente comentadas, dejando un espacio intermedio, aparentemente vacío, se excavaron en 1980 y años posteriores una serie de estructuras (fig. 11). En primer lugar, un horno cuadrado provisto de toberas, junto con otras dependencias, que en algunos casos se han interpretado como taller y, en otros, no se ha definido su función, y que se adosan a un muro largo y de grosor cercano a un m, de proyección N-S. Las características de dicho horno, muy bien conservado, dicho sea de paso, y el hallazgo de materia férrica semifundida aclararon que se trataba de un taller metalúrgico (fig. 10 núm. 3). A poca distancia del grupo antes mencionado, se detectaron otras dependencias, con muros curvilíneos y función completamente incierta. Todo ello parece configurarse en el interior del límite meridional de otro cercado de planta rectangular, denominado segundo recinto, que tuvo al menos dos puertas, una al S y otra al E, que probablemente iría a enlazar con el recinto trapezoidal. Los materiales asociados demuestran claramente su uso hasta el final del enclave, pero no aclaran del todo el momento de su construcción que, tal vez, pertenezca también a la segunda mitad del siglo III aC.

La funcionalidad de este complejo, más allá de todo lo afirmado, resulta un tanto enigmática. No sólo por el hecho de presentar lagunas, una de ellas, de la cual ya se ha hablado suficientemente, en relación a los supuestos almacenes largos, pero también, en relación a los ámbitos de la cúspide. Por otro lado, el análisis microespacial de los hallazgos, en todo el conjunto, no manifiesta en ningún caso funciones específicas claramente distintas unas de las otras, puesto que todos los niveles de abandono o de relleno de los diferentes ámbitos y espacios excavados contienen, aproximadamente, las mismas categorías vasculares, incluidos los recintos A-B / III-IV. Es cierto que tras el abandono del enclave, que se ha considerado pacífico, debieron seguir visitas y rebuscas en estas instalaciones, pero cabe dudar que estas pudieran haber trastocado tan radicalmente el panorama y, además, ello sólo hubiera afectado el horizonte estratigráfico final.

Otro aspecto, que hasta la fecha no ha sido realmente considerado, no sólo es la cualidad, sino también la cantidad del ajuar vascular, con unas características más propias de una ocupación estable, que de presencias estacionales. En realidad, dejando de lado la posibilidad que éste incluyera *stocks* comerciales -hecho dado por supuesto, pero nunca demostrado- recuerda más el de cualquier lugar ocupado de la propia Ibiza, que a otra cosa. La única diferencia es una presencia mayor -también existe en la propia Ibiza- aunque baja, de cerámicas de factura talayótica, hecho inevitable y lógico, dada la situación del enclave.

Con todo, cabe preguntarse si la presunta estacionalidad del enclave realmente llegó a existir o, por el contrario, era más bien un centro preparado para resistir, si procedía, periodos de aislamiento, que nunca hubieron sido muy largos dada la proximidad con la costa. En la medida que na Guardis fue vista como un punto de escala comercial, dando por sentado que desde Ibiza solo se actuaba en época de *mare aperto*, el enclave se convertía en estacional por naturaleza.

En suma, es arqueológicamente obvio que una comunidad ebusitana, difícil de evaluar en números absolutos, aunque evidentemente reducida, habitó el enclave, probablemente de modo permanente, y que los elementos de cultura material encontrados parecen responder estrictamente a esta necesidad.

En cuanto a la cronología de na Guardis, es también necesario exponer algunos puntos de vista. Obviando ahora el hecho que en sus alrededores marinos han llegado a encontrarse fragmentos de vasos, cuya cronología remonta, en algunos casos, al siglo VI aC y que son bien conocidos (Guerrero 1989b), sobre el islote propiamente dicho las piezas aparentemente más antiguas son, invariablemente, ánforas ebusitanas T-8111, que en número absoluto de individuos y siempre fuera de su eventual contexto original, apenas alcanzan la decena de unidades. Por otro lado, la gran escasez de ánforas T-8121 podría incluso plantear dudas acerca de actividades en el lugar durante la primera mitad del siglo III aC.

Al margen de la cronología final del complejo constructivo ebusitano, que será tratada después, nada permite sostener dataciones entre *c.* 375 y 250 aC para ningún elemento estructural. El único dato fiable para una cronología *a quo* concierne la construcción del recinto trapezoidal y, por supuesto, afecta *post quem* las dependencias que se le adosan por el interior. Es una ofrenda de fundación del muro 1 (Guerrero 1997, fig. 14, 40, lám. 9, 3-4), en el espacio ocupado por el recinto II, que al margen de la presencia de un fragmento de borde de ánfora T-8111 -residual, sin género de dudas- está compuesta por un ánfora PE-22 y, detalle concluyente, una jarra Eb.69 del tipo HX-1 / FE-13, es decir no anterior al último tercio o como mucho mediados del siglo III aC. Desde este momento, como ocurre en na Galera, hasta los últimos años de esta centuria, se suceden reformas, no siempre bien definidas. Se hablado de un hiato breve tras este momento, hecho que también debería ser verificado y evaluado a nivel temporal, si es que ello es posible en lo que resta por excavar.

Muy probablemente, también, la fecha exacta del abandono de la instalación deba ser revisada, pero en este caso al alza. Cabe recordar que esta se hizo coincidir con un hecho histórico, la conquista de las Baleares por Metelo en el 123 aC, que sin duda tuvo trascendencia, pero en este caso es posible que tal coincidencia no sea otra cosa que una ficción. Ya otros autores advirtieron que el conjunto de cerámicas de tipo Campaniense A no soportaba cronologías tan bajas (Pérez y Gómez 2009, 78), a lo cual cabría añadir que, en general, el espectro arqueológico del horizonte de abandono del islote es similar al que presenta la destrucción de Cartago del 146 aC y que, en cualquier caso, no parece posterior a los años 40 o, como mucho, 30 del siglo II aC, por tanto, netamente anterior al citado acontecimiento histórico.

Por otra parte, desde el primer momento en que las excavaciones de na Guardis arrojaron luz sobre su realidad arqueológica, se tuvo el convencimiento que se trataba de una factoría, en realidad, de una base de transacción con el mundo indígena, recibiendo

incluso calificativos de *port of trade* o *emporion*, realidades que, de ser ciertas, el término francés *comptoir (établissement commercial d'une société dans un pays d'outre-mer)* hubiera reflejado mejor. Esta visión, indiscutida hasta ahora, que a primera vista siempre ha parecido lógica, sí con mayor detenimiento se contrasta con la realidad geo-topográfica e histórico-arqueológica que la envuelve, se vuelve simplista.

En primer lugar, se trata de un islote diminuto, de poca altitud y extensión útil y, como todos los de sus características, bastante inhóspito, pero que se encuentra a tan sólo 250 m de tierra firme. ¿Por qué razón los ebusitanos, en el marco de una supuesta “situación colonial plena”, instalaron encima un complejo constructivo de estas características, en vez de hacerlo directamente sobre la costa? En palabras de Guerrero (2008, 199), aparte de un referente geográfico en la línea de costa, que por otro lado admite como apta para desembarcos, se trataría de un punto neutral para realizar transacciones, con el eventual garante añadido de una advocación a una divinidad reconocida por ambas partes.

Si, como muy a menudo se hecho, se da lectura, a la ligera, a los textos antiguos que hablan de instalaciones fenicias sobre islotes, y que son hartos conocidos, se pone de manifiesto que no existe tal punto de comparación, porque simplemente se trata de estrategias distintas. En efecto, hablar de Tiro, Mozia o, incluso, Gadir, sede de importantísimas ciudades fenicias es, a todos los niveles, bien distinto que hablar de na Guardis o na Galera. Otros puntos menores, como Mogador y Rachgoun, fueron utilizados exclusivamente en época arcaica, en tiempos, problemáticas e incluso funciones distintas, que ahora no es cuestión de desarrollar.

Tampoco es evidente (en realidad, nunca se ha afirmado lo contrario) que na Guardis fuera centro de explotación de los recursos marítimos, lo que no significa que la coyuntura fuera desaprovechada (Rodríguez 2005). La opinión más extendida tiene relación con simples cuestiones de seguridad, y en concreto con el establecimiento de un margen marino preventivo entre la instalación púnica y el mundo autóctono. Estas, en el fondo, tampoco acaban de ser convincentes, pues es obvio que, a pesar de no contar ciertamente con una tradición marinera (Guerrero 2006) a la altura de los púnicos, su capacidad para destruir un punto pequeño, aislado y, sobre todo, al alcance de la mano, como este, si se lo hubieran propuesto, era prácticamente la misma que si se hubiera emplazado sobre la misma costa; no se olvide que en el 123 aC se atrevieron, incluso, a atacar por mar la flota de guerra republicana (Floro, *Epít.*, I, 43). Ello directamente tiene una doble traducción, la primera, que los autóctonos *bon gré mal gré* debieron consentir la instalación y, la segunda, que el sitio pudo ser elegido por los ebusitanos por otras razones.

Las dudas no acaban aquí: ¿era realmente necesario, después de un viaje desde Ibiza, de 142 millas náuticas, descargar la mercancía sobre el islote, -hecho siempre delicado, por la fragilidad de algunos productos, especialmente las ánforas- para acto seguido volver a cargarla, también por mar, para dejarla en manos de los indígenas y

cubrir un trecho de tan sólo 250 m? La respuesta, al menos desde una lógica mecánica, es simplemente no.

En cuanto al control de las salinas, otro de los argumentos esgrimidos en justificación de la existencia de na Guardis ¿a qué tipo de control cabe referirse? Si esta acción se interpreta desde el punto de vista práctico, cabría suponer que en na Guardis vivían agentes ebusitanos encargados, entre otras cosas, de vigilar que los trabajos de cultivo y recolección de sal andaran por los cauces previstos. Ni aún aceptando que los ebusitanos llegaran a ejercer un control efectivo de estas salinas, realidad incierta, por otro lado, el sistema tampoco sería del todo convincente.

Si desembarcar previamente mercancías en na Guardis, para trasladarles al tierra firme, a menos de un cuarto de km de distancia, ya rozaba el absurdo, más aún hacer lo propio en relación a los quinientos cincuenta km del perímetro costero de la isla y, ni que decirlo, de Menorca, puesto que estos barcos, como no fuera por razones de avería o temporal, no tenían ninguna necesidad de hacer escalas que no fueran para dejar en todo o en parte los cargamentos; en sentido parecido se han expresado otros autores (Hernández-Gasch y Quintana 2013, 328). Además de estas cuestiones, cabe observar el carácter sospechosamente cuidado e, incluso, peculiar de las construcciones en la cúspide, donde no faltan umbrales de un cierto arte, aparte de claras ofrendas de fundación.

Todo, al menos en cierto modo, recuerda la *componenda* material de un punto ibicenco como Cap des Llibrell, donde los vasos cerámicos de todo tipo y los restos de fauna, entre otros elementos, son también muy abundantes. En este caso, no se trata de un islote, pero sí de un punto topográfico marítimo muy destacado, excéntrico, peculiar e inhóspito, buscado con toda la intencionalidad, no sólo de ver, sino también de ser visto, que cuenta además con un elemento específico y concluyente, un altar sacrificial (Ramon 2014a) y en na Guardis, no puede descartarse que eventuales elementos específicamente sagrados hubieran sido retirados cuando su abandono, o incluso expoliados en posterioridad.

¿Qué era entonces y para que fue construido na Guardis, acaso un enclave de carácter singular, con una fuerte carga simbólica y signo visible del papel ebusitano, al menos, en este tramo de costa balear? A la luz de todo lo dicho antes y de los nuevos datos, que en paralelo viene proporcionando na Galera, esta hipótesis, con las consecuencias que comporta, deberá ser tenida en consideración.

El Illot d'en Sales (fig. 1) merece, aunque breve, un comentario; se halla situado en Portals Nous (Calviá,) a tan sólo unos 175 m de distancia de la costa más próxima, es árido y escarpado y su superficie total (la útil es aún mucho más pequeña) de poco más de 7000 m² y es conocido por la presencia de fragmentos cerámicos en su superficie.

Dicha cerámica (Guerrero 1989c, fig. en las pág. 31, 32 y 34) se compone de ánforas todas las cuales, a excepción de una greco-italica antigua, son ebusitanas T-8131, con una posible PE-22 tardía. El resto, muy mayoritariamente, es también de fabricación

ibicenca, con fragmentos de jarras Eb.69 (del tipo de FE-13), tal vez alguna C2/15 y, sobre todo, la típica vajilla gris y con pintura rojo-negro, además de un mortero, mientras que un borde de olla podría pertenecer al círculo de Cartago y existe un fragmento de cuenco convexo de Campaniense A antigua. Aparte de cerámica, se localizaron abundantes nódulos de mineral férrico e indicios de fundición de este mineral.

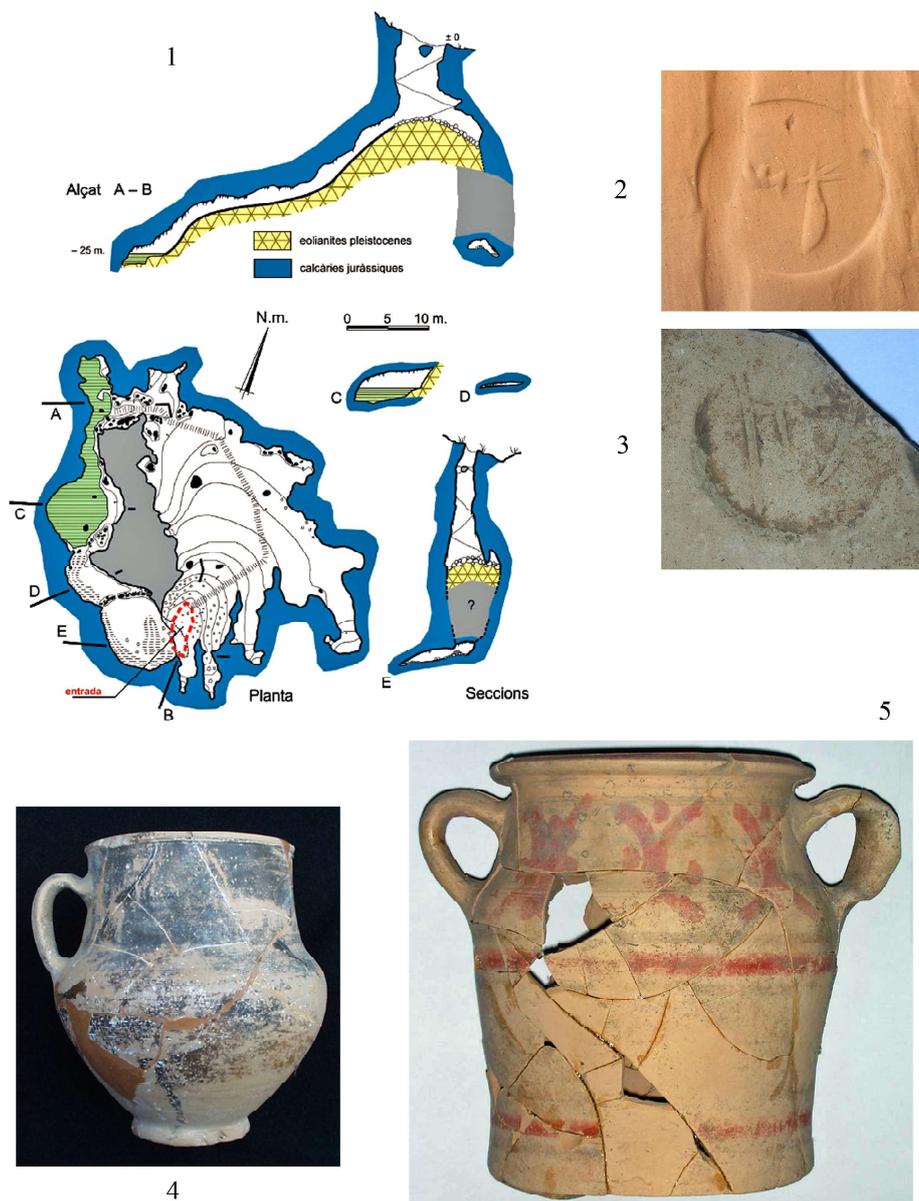


Fig. 12. 1: Cova de sa Font (sa Dragonera) según Ginés, Ginés 2010; 2 y 3 estampillas con nombres púnicos de ses Païsses d' Artà según Ramón, Amadasi 2009; 4: jarrito eb. Tipo FE-13/95 fotografía J. C. de Nicolás; 5: jarra Eb. 73 con motivos pintados según Aramburu-Zabala 2005.

El ambiente cronológico, desde luego, se ubica en los últimos decenios del siglo III aC, siendo sólo un fragmento de unguentario, tal vez, algo posterior; se trata de la típica *componenda* ebusitana, como contemporáneamente en na Guardis o Calescoves, ya vistos antes. Se ha interpretado, aunque sin construcciones, como algo similar a na Guardis, un punto de escala y comercio con el mundo indígena.

Sa Dragonera, es bien conocido este islote cercano a la costa O de Mallorca y, para el tema que ahora interesa, la llamada cova de sa Font o cova des Moro, de origen kárstico y que como elemento destacado posee en su fondo un lago de agua dulce (Ginés y Ginés 2010) (fig. 12 núm. 1). De ella proceden una serie de elementos vasculares cuyas circunstancias de hallazgo se desconocen, pero que han sido objeto de publicación, al menos parcial (Cerdá 1987, 233-235, fig. 11; Guerrero 1997, 210-213, fig. 224-227). No son muy abundantes: un ánfora PE-22, otra PE-24, cuatro greco-italicas del siglo III aC, un pivote de Dressel 1A, algunos vasos finos de época alto imperial, una taza de Campaniense B y, sobre todo, al menos cuatro lucernas áticas fragmentarias fechables a finales del siglo V y siglo IV aC, aproximadamente contemporáneas de la citada PE-22. Existen también algunas lucernas imperiales. Es sabido, por textos medievales, que dicha cueva, de acceso complicado hasta los fondos donde se acumula el líquido, llegó a ser utilizada como lugar de aguada por marinos y esta, exactamente, es la misma interpretación que se otorga a la presencia de materiales de época antigua (Cerdá 1987, 233; Guerrero 1997, 211-213).

Que las lucernas sean áticas, no es obstáculo para saber que las llevaron los ebusitanos, puesto que, como es bien conocido, en la misma Ibiza son muy abundantes. Lo que, sin duda -por el hecho de ser una cueva, donde toda actividad humana precisaría luz artificial-, ha pasado desapercibido, pero que llama la atención, es el altísimo porcentaje relativo de estos elementos para iluminar, cuya utilidad en una caverna de esta clase es dudosa.

Dicho en otras palabras, si las repetidas visitas de los marineros de la antigüedad tenían como objetivo primario recoger agua, hubieran quedado como rastro los fragmentos de infinidad de contenedores contemporáneos. Por otro lado, en la misma Ibiza se ha podido relacionar con fenómenos culturales porcentajes anómalos de lucernas, es el caso de es Cuieram y Cap des Llibrell. Por desgracia, la cueva de sa Font -otro yacimiento que probablemente deba ser releído- sufrió una habilitación para visitas en los años 50, de manera que los estratos arqueológicos quedaron, al parecer, gravemente alterados.

Font Obrador da cuenta que el Archiduque Luís Salvador ya apreció en su interior “muchos tiestos, restos de jarras rotas” y que él mismo, a pesar del desescombro, aún pudo ver “cantidad de asas y cuellos de ánforas y fragmentos de barniz amarillo con restos de decoración geométrica en negro, así como cerámicas vidriadas de bonitos colores (evidentemente medievales y modernas), vestigios de recipientes para el acopio de agua” y, además, “abundancia de huesos humanos, principalmente costillas de niños

y adultos, y los restos de madera carbonizada, indicios seguros de una violada necrópolis (Font 1960, 643)". En síntesis, un yacimiento más complejo de lo que a primera vista podría parecer, que merecería una actuación con la finalidad de salvar científicamente lo aún recuperable.

3. MATERIALES

El análisis de los materiales de importación hallados en el suelo insular de Mallorca y Menorca presenta, aún hoy, algunos inconvenientes, entre los cuales, el más importante radica en el hecho que no todas las excavaciones realizadas, ni mucho menos, han sido publicadas de forma rigurosa y exhaustiva. Una excepción viene dada, al menos en parte, por la publicación de diversas campañas en asentamientos relevantes como ses Païsses o son Fornés, o lugares más pequeños y singulares, como el santuario de la punta des Patró. En Menorca ocurre lo mismo, son pocos los yacimientos excavados en extensión, cosa lógica debido a su envergadura y características, y divulgados en profundidad al nivel que interesa ahora; se trata siempre de campañas puntuales de las cuales se ha dado a conocer, en muchos de los casos, una información sólo preliminar.

Desde hace tiempo, llama la atención que entre el último tercio del siglo VIII y el primero del VI aC -que, no se olvide, es una época de total expansión del comercio fenicio-occidental, con un radio de acción que afectó, no sólo el mediodía peninsular y norte de África, incluida una amplia franja atlántica, sino que se extendió hasta la zona del Golfo de León, con extensiones importantes además en el Mediterráneo central (*cf.* entre otra numerosa bibliografía, Ramon 2006)- las Baleares quedaran completamente al margen de este comercio.

A pesar de haberse barajado diferentes hipótesis al respecto, siendo la más recurrente entre ellas la escasez de recursos metalíferos, la realidad es que, aún hoy, no se ha podido constatar en ambas islas ninguno de los característicos elementos de este comercio fenicio. De hecho, es en el asentamiento fenicio de sa Caleta, donde una serie de cerámicas a mano, podría tener un origen balear (Ramon 2007, 116-117), erigiéndose entonces en la primera prueba segura de contactos e intercambios, de naturaleza difícil de discernir, en una fase tan temprana como el siglo VII aC, entre los fenicios de Ibiza y las poblaciones talayóticas. La falta de materiales vasculares, y muy en especial de ánforas T-10111 y 10121, protagonistas de este tipo de comercio, se ha querido suplir, de algún modo, con la existencia de objetos "de prestigio" (hierro, fayenza, marfil), en un marco de intercambios de naturaleza aristocrática (Guerrero, Calvo y Salvà 2002, 227-232, entre otros trabajos).

Por ahora, los elementos más antiguos de carácter vascular en las Baleares no pueden fecharse antes de *c.* 575-550 aC y son aún realmente escasos. Entre ellos, cabe recordar una posible ánfora T-10211 de producción ebusitana del Pedret de Bóquer (Aramburu-

Zabala 2005, 18) y otra de la misma producción y origen de Torelló (Castrillo 2005, 156). Igualmente un ánfora T-10221 de na Guardis (Guerrero 1989b, fig. 1a; 1999a, 96).

En un momento posterior, concretamente desde finales del siglo VI y durante la primera mitad del siglo V aC, la documentación se intensifica. Pueden citarse ahora, pertenecientes a ánforas T-1312 6 individuos en el puig de sa Morisca (Calvià) (Ramon 1995, 60; Quintana 2000, 44), 1 en Pedret de Bóquer (Estarellas y Merino 2005; Hernández-Gasch 2009, 275, fig. 279), Garonda (Llucmajor), Taiet (Manacor) (Aramburu-Zabala 2004), 4 en Torelló (Maó) (Castrillo 2005, 156), 1 en Algairens (Ciutadella) (Ramon 1995, 59) y 9 en Talatí de Dalt (Maó) (Juan, De Nicolás y Pons 2004; Juan y Pons 2005). Existen también una pocas ánforas massaliotas de la forma Py-1 y Py-2D, fabricadas en la primera mitad del s. V aC, en diversos lugares como los hallazgos subacuáticos de na Guardis y Portopí (Guerrero 1989b, 96; 1999a, 103).

Piezas singulares, por ahora, son una copa jonia tipo B2 de Vallet i Villard en el santuario de la punta des Patró (Santa Margalida) (Sanmartí, Hernández-Gasch y Salas 2002, 109, fig. 2.3); y fragmentos de un *kantharos* de *bucchero nero*, de una cueva cercana a la del avenc de la Punta (Pollença) (Cerdà 2002, 43) y un fragmento de bol etrusco en Talatí de Dalt (Juan y Pons 2005). En el mismo rango entraría un jarrito Eb-12 de la necrópolis de sa Carrotja (Guerrero 1985b, fig. 51 y 52 núm. 1).

En base a este panorama, se planteó la posibilidad que entre el siglo VI y hasta c. 450 aC, existiera en la zona N de Mallorca un área de comercio foceo y, paralelamente, otra al S de esta isla, pero en este caso fenicio-púnico, en cuya esfera se ubicaría también Menorca (Hernández-Gasch 2009, 2009-2010). En este sentido, cabe recordar que el barco de cala de Sant Vicenç ha sido el desencadenante principal de esta opinión, que ya desde un primer momento encontró abiertos detractores (Guerrero 2009-2010).

Cronológicamente hablando, las ánforas T-10211 de fabricación ebusitana sólo son parangonables con las piezas etruscas de *bucchero nero*, mientras que las T-1312, también ebusitanas, sí que pueden corresponderse, al menos en su fase inicial, con la época del barco de cala de Sant Vicenç, donde sin embargo no se registran. Por otro lado, asociaciones de ánforas T-1213, con copas y ánforas de morfología jonia, sí existen en Ampurias. En cuanto a Ibiza, se documentan ánforas de importación y morfología jonia en algunos conjuntos, pero fechables probablemente ya en el segundo cuarto del siglo V aC (Ramon 2004, 270, fig. 3-AL-2/13). En cambio, del mar de la isla proceden ánforas de importación, de morfología jonia y producción griega indeterminada, en un caso y massaliota, en el segundo, fechadas entre finales del siglo VI y la primera mitad del V aC (Ramon 1990).

En realidad, todo ello invitaría a esperar un mayor número de datos para dar por buena o, por el contrario, rechazar la hipótesis del comercio foceo directo en el N de Mallorca en la época señalada y considerar, además, que el hecho de no disponer aún en Ibiza de ningún complejo material significativo contemporáneo al barco de Cala de Sant

Vicenç reduce a simples conjeturas todas las hipótesis.

En relación a la etapa anterior, la segunda mitad del siglo V, y tanto más aún el siglo IV aC, marca un aumento significativo de las importaciones en las Baleares, y esta vez se trata de una matriz indiscutiblemente ebusitana. Aunque los datos, por ahora, son un tanto dispersos, porqué en muchos casos son resultado de prospecciones y recogidas superficiales, es posible apreciar algunas cuestiones, contándose, además, con un corto número de excavaciones que han incidido en horizontes de esta cronología.

Empezado por estas últimas, un estrato fechado V-IV aC, en la torre I de la “acrópolis” del puig de sa Morisca (Calvià), se documentan algunos materiales que no parecen muy usuales en los asentamientos talayóticos de esta época. Entre ellos, se mencionan dos cuencos de borde entrante y un plato (tipos no precisados), además de un mortero (que si tiene el borde colgante, como se afirma, podría pertenecer al tipo RA-91/20), todo ello de fabricación ebusitana. Por otra parte, un fragmento de borde y asa de un vaso de cocción, al que se atribuye un origen cartaginés (Quintana y Guerrero 2004, 257; García y Quintana 2003; Hernández-Gasch y Quintana 2013, 321); sin embargo, ninguna de estas piezas ha sido publicada. En el mismo contexto, el material anfórico era mucho más abundante: trece ánforas púnico-ebusitanas T-8111, dos ánforas ibéricas y una de Massalia.

El poblado de ses Païsses, siempre dentro de lo relativo, es uno de los que ha proporcionado mayor información, puesto que se cuenta con una serie de campañas íntegramente publicadas y, además, algunos estudios específicos, que inciden precisamente en la cuestión que interesa ahora.

Una de las habitaciones, probablemente abandonada a finales del siglo V aC., proporcionó una copa ática *Stemless inset-lip* y fragmentos de dos ánforas ebusitanas T-1323 (Sanmartí *et al.* 2002, 115). El estudio de los materiales hallados en un sector al aire libre del poblado fue sistemáticamente cuantificado. Como resultado, se comprobó que la cerámica a torno, frente a la fabricada a mano, tenía un porcentaje muy bajo, en el siglo IV aC, el 3 % por NMI i 6 % por NR, ambos sistemas de cómputo daban respectivamente 67 y 83 % para las ánforas, entre ellas, las ebusitanas T-8111 alcanzaban el 94 % NR, además de un fragmento de ánfora ibérica y otro de greco-itálica. La cerámica fina contaba con dos piezas de Ibiza (tipo no precisado) y otra de la costa catalana (Sanmartí *et al.* 2002, 116).

En cuanto al siglo III aC, se observa un aumento de las importaciones que, frente a la cerámica local, pasan al 23 % NR y 12-15% NMI, pero un detalle es sin duda revelador, la ausencia de otras gamas vasculares, en beneficio de las ánforas. Entre estas últimas, las ebusitanas conforman por NR el 80 % y 79 % NMI, seguidas de las ibéricas (10 / 7 %) y de la itálicas (6 % NR), con presencia testimonial de ánforas púnicas del extremo occidente (1 % NR).

En el siglo II aC el total de las importaciones es 21 % NR y 17 % NMI y en este marco las ebusitanas representan el 74 % NR y 40 % NMI. Aumenta la cantidad de recipientes itálicos, que ya incluyen Dressel 1 (20 % NR, 40 % NMI).

Posteriormente, fue publicado el estudio del conjunto anfórico procedente de las campañas de 1999 y 2000, en este mismo yacimiento (Quintana 2006, 63). Las T-1323 eran muy escasas, pero, en cambio, las T-8111, con 17 individuos, ocupaban el lugar más destacado (35%), mientras que las atribuidas al T-8121 (10 individuos, 29 %) y T-8131 (9 %), marcaban con respecto al siglo IV aC un descenso importante y apreciado también en otros yacimiento mallorquines puntuales e incluso en el global de la isla (Guerrero 1999a, Quintana 2000), finalmente, era visible una recuperación relativa, ya en pleno siglo II aC, con las T-8132 (29 %).

De este mismo yacimiento se han dado a conocer materiales de otras campañas (Aramburu-Zabala 2009, 2012, 2014), lo único que deja que desear, es la poca consistencia de horizontes homogéneos del siglo IV y III, siendo otros del siglo II aC más nítidos. En este contexto cabe recordar, además, el hallazgo de dos fragmentos de ánforas T-8111 con estampillas (Ramon y Amadasi 2009) (fig. 12 núm. 2-3) en el edificio 25, donde también es digna de mención la mitad superior de un ánfora de la costa tunecina T-4212, del siglo IV aC (Aramburu-Zabala 2009, fig. III.3.17).

Otro sitio, felizmente investigado, es el santuario de la Punta des Patró (Sanmartí *et al.* 2002, 116), en la costa N de Mallorca. Aquí las importaciones en el siglo cuarto se mueven entre 10,4% (NMI) y 21,6% (NR). Por NMI el ánfora ebusitana T-8111 representa el 36,4%, seguida de la ibérica, con el 18,2%. También se documentaron fragmentos de ánforas púnicas centro-mediterráneas (tipos no precisados), masaliotas, greco-itálicas y corintias tipo B, además del pico de una lucerna ática y un fragmento de barniz negro de producción indeterminada y otros de vajilla ebusitana, de morfologías no precisables (*id.*, 109).

En el poblado de Son Fornés, en el interior de Mallorca (Montuiri), y más exactamente en el nivel II2 de la casa HPT1, se hallaron fragmentos de un ánfora ebusitana atribuida al T-8111 y una copa, también ebusitana, del tipo 2.6.e de Fernández y Granados (1980, 39-40) (Palomar 2005, 121). De este yacimiento se cuenta además con un estudio específico del material anfórico (Fayas 2010), donde, para resumir, queda clara una notable presencia de ánforas ebusitanas del siglo IV aC T-8111, pero, en cambio, una baja aún más notable de recipientes ibicencos a lo largo de todo el siglo III y muy especialmente de su segunda mitad, con una recuperación a lo largo del siglo II aC. Al margen de las ánforas ebusitanas, cabe mencionar un sólo fragmento de ánfora púnica centro-mediterránea T-7211 de finales del siglo III aC. En el siglo II las ánforas de esta misma procedencia están algo mejor representadas (T-7421, T-7431), junto con el incremento notable de recipientes itálicos.

Otro yacimiento con algunos datos útiles, aunque por ahora del todo parciales, es el Hospitalet Vell (Manacor). En el interior del talayot, aparte de piezas a mano de producción local -significativamente vasos para beber, en su mayoría- se recuperaron (Rosselló 1983, 15-20, fig. 8) fragmentos de doce ánforas T-8111. Lamentablemente, sin discriminación estratigráfica, existen otras bastante más tardías, una T-8131, una T-5231 (esta última excepcional, por ahora, en Mallorca), una ibérica y dos greco-italicas (cf. Ramon 1995, 60).

Hernández-Gasch y Quintana (2013, 328) han tratado, junto con las ánforas, de las cuales sacan interesantes conclusiones sobre su dispersión y vías de distribución, el tema de la vajilla, sobre todo, la de producción ática, en Mallorca, en el periodo señalado, dibujando un mapa (*id.*, fig. 3), y concluyendo que este tipo de material tiene una presencia baja y discriminatoria a favor de los sitios costeros. Cabe, sin embargo, recordar y considerar excepcional, el conjunto de piezas áticas de barniz negro dado a Conocer por D. Cerdá y procedente del avenc de sa Punta. En este grupo, aparte de la ya mencionada pieza de *bucchero nero*, además de dos fragmentos de kylix áticos de borde escalonado, seguramente de la primera mitad del siglo V aC, las copas áticas del siglo IV rondan la cincuenta de fragmentos (Cerdá 2008, 42-58, fig. 39-46). Por desgracia, se desconoce la eventual existencia de otros elementos contemporáneos de importación.

Otros materiales, de carácter esporádico, son un pequeño cuenco convexo de la necrópolis de sa Carrotja (Guerrero 1985b, fig. 51 y 52 núm. 2), que por su morfología parece claramente del siglo V aC.

Por su parte, Menorca, hoy por hoy, ofrece un panorama menos consistente de información en relación a los siglos V y IV aC, hecho que no puede achacarse sino a la falta de publicación de toda una serie de campañas realizadas. Cabe citar, como elemento aislado, una lucerna ebusitana de dos picos de uno de los hipogeos de Calescoves, fechable en pleno siglo V aC (contraportada del folleto oficial de estas mismas jornadas) y ya se hablado antes de la existencia de ánforas ebusitanas T-1212 y T-1323 (Juan, De Nicolás y Pons 2004; Castrillo 2005), algunas de recogidas superficiales, otras de excavaciones no completamente publicadas. La realidad, es que no se han dado a conocer complejos vasculares estratificados y homogéneos de los siglos citados que arrojen luz para el tema que se trata ahora y es imposible, por tanto, hacer una comparativa con la Balear mayor. Basta decir que hoy el panorama es sólo intuible a través de las ánforas y que este aparece como muy similar.

Parece, pues, que en esta época, tanto en Mallorca, como en Menorca, hecha salvedad de las ánforas, y dejando de lado un caso particular, que como se ha visto es el puig de sa Morisca, otras gamas vasculares de importación, incluidas las ebusitanas, son bajísimas (pequeños cuencos), apenas testimoniales y, en la mayoría de los casos, simplemente ausentes, aunque también es cierto el escaso conocimiento que se tiene de los horizontes de esta época.

A partir de la segunda mitad, o último tercio del siglo III aC, el panorama cambia, pero aquí probablemente sí cabe una distinción entre Mallorca y Menorca. En esta última (fig. 2) muchos de los yacimientos conocidos, junto con las omnipresentes ánforas, muestran la llegada más que significativa de otras categorías de importación, antes desconocidas, o como mínimo muy raras, se trata de contenedores medianos y pequeños, así como de vajilla de mesa, e incluso de cocina, como se había visto en Calescoves.

En este sentido resulta de sumo interés la información obtenida en el Círculo 7 de Torre d'en Galmés (fig. 2), abandonado en circunstancias extrañas (con diversos conjuntos de huesos humanos en su interior), en las postrimerías del siglo III aC, con la presencia de algunas jarras Eb.69 y Eb.77, FE-13/95 y, tal vez, pequeños contenedores del círculo de Cartago, así como cuencos cerrados ebusitanos tipo CC-99, FE-13/45, hemisféricos y platos FE-13/91 y de pescado (Carbonell 2012, 92-93, fig. A pág. 189-192 y fotos pág. 203). Existen en este horizonte de finales del siglo III piezas de Campaniense A antigua. Incluso se señalan, aunque no se publican, un ánfora T-1325 (Sicilia, siglo V) y otra T-4212 (Cartago-Túnez siglo IV aC), además de seis fragmentos de ánforas ibéricas. Cabe señalar que también se documenta un bolsal ático.

Las ánforas ebusitanas, además, han sido objeto de un estudio específico (Carbonell, Corral y de Salort 2015). En referencia sólo a las que tipológicamente se han podido afinar, destacan dos T-1312 (la única publicada a nivel gráfico, es claramente una T-1323), tres T-8111, quince T-8121, cuarenta y una T-8131 y cinco PE-22. Ello demuestra el gran auge de material ibicenco a lo largo del siglo III, especialmente durante su último tercio, donde destacan sobremanera las T-8131.

De Cornia Nou (fig. 2) proceden otros materiales significativos, concretamente de la UE.22 de la gran cisterna, un jarrito FE-13/95 (Ferrer, Plantalamor y Anglada 2014, núm. 87), un cuenco común hemisférico eb (*id.* núm. 89) e, incluso, un jarro de borde ancho de la costa de Túnez (*id.* núm. 82), junto con algunas ánforas T-8131, pero también T-8111. Es evidente que este estrato formado, sin duda, en los últimos decenios del s. III aC, incorpora materiales anteriores del IV aC.

Aunque pendiente de estudio, el conjunto de relleno de una cisterna hallado en 2007 en la iglesia de Santa Eulària de Alaior (fig. 2) es espectacular, por su *componenda* de contenedores medianos ebusitanos Eb.77, Eb.23b y, sobre todo, Eb.69, entre otros materiales (Sintes sin fecha).

Otro conjunto importante es Toraixa (es Castell) (Gornés, Gual y Plantalamor 1995) (fig. 2), se trata de una escombrera en posición secundaria, a pesar de lo cual tiene notable interés. La presencia de ánforas ebusitanas es muy alta, destacando, al menos entre lo publicado gráficamente (*id.*, lám. I-II), las T-8121, con presencia mucho más baja de T-8131 y una PE-22. Siguen las ánforas de fabricación ibérica y, a nivel casi testimonial, al menos un individuo del área “Cartago-Túnez”, un borde de greco-itálica podría ser intrusivo. Todo ello permite pensar que el material registrado, dejando de lado,

la alteración posterior referida de los estratos originales, es el reflejo de una entrada muy importante de productos ebusitanos (sin duda vino), acompañados por algunas vajillas de servicio, los cuencos convexos. El material ibérico reseñado debió ir en la misma línea y formar parte de este comercio ibicenco. Además, llama la atención el altísimo porcentaje de material importado, ebusitano en su absoluta mayoría, que en cifras redondas representa prácticamente el 40 % frente al 60 % de producción local (no se cuentan los porcentajes de cerámica moderna y pretalayótica).

Las excavaciones realizadas en Son Catlar (fig. 2) realizadas en el año 1995 en la puerta principal ofrecieron algunos datos sobre la presencia de cerámicas ebusitanas y de otras procedencias en los siglos III y II aC (Juan, Pons y Juan 1998).

Cabe considerar también el trabajo de M. Castrillo (2005), que trata de los materiales de importación en tres poblados talayóticos importantes de la zona sudeste de Menorca: Trepucó, Torelló Vell y Biniparratx Petit (fig. 2), cuyas excavaciones, exceptuando las antiguas campañas en el primero (Murray 1932 y 1938), por desgracia, continúan inéditas. Algunos resultados son muy interesantes, por ejemplo, que las importaciones estarían numéricamente hablando, a la par de la cerámica local y también la gran presencia de vasos comunes, incluso por encima de las piezas de vajilla. En todos los ámbitos, son las producciones ebusitanas las que dominan el panorama. Se reproducen algunas de estas piezas (*id.*, lám. 5) (fig. 13), concretamente un mortero (que es, sin duda, asignable al tipo FE-13/257), un cuenco hemisférico, dos platos de pescado, dos cuencos CC-99 y una jarra Eb-69. En cuanto a las ánforas en los tres puntos reseñados, ya habiéndose hablado antes de las más antiguas, los datos son estos: ebusitanas T-8111 30 individuos, T-8121 120 individuos, T-8131 150 individuos, T-8132 123 individuos, en cuanto a las PE-22 y PE-24 no se dan cifras absolutas. Por lo que respecta a las ánforas del círculo Cartago-Túnez se contabiliza 1 individuo T-4215, mientras que otro pertenece a una T-4212, ambas contemporáneas a las T-8111. Con todo, las más abundantes, ya en la primera mitad del siglo II aC, son las T.7421 y T.7431. Extraña que no se citen ánforas T-5231 y T-5232, cuando en el mismo asentamiento de Biniparratx Petit, otros trabajos citan siete T-5231 (Juan, De Nicolás y Pons 2004, gráfico 1) y no se dan datos exactos acerca de ánforas ibéricas, greco-italicas o de otras procedencias. De una casa talayótica excavada en este último yacimiento, se ha publicado la fotografía de un jarro ebusitano tipo FE-13/95 (De Nicolás 1997, 49) (fig. 12 núm. 4).

El último sitio menorquín que va a ser comentado de modo específico, aunque brevemente, por la falta de informaciones claras, es Mahón (fig. 2), cuartel principal de Magón Barca, desde el otoño de 206 hasta el verano de 205 aC, según refiere Livio (*Ab Urb. cond.*, XXVIII, 37, 8-9). La realidad arqueológica de esta cita, cuya vertiente histórica ha sido bien analizada en otras ocasiones, principalmente por M. L. Sánchez (2003), es otro de los grandes debates de la arqueología isleña y afecta, tanto la ciudad que Magón habría tomado pacíficamente, como el emplazamiento fortificado sobre el puerto.

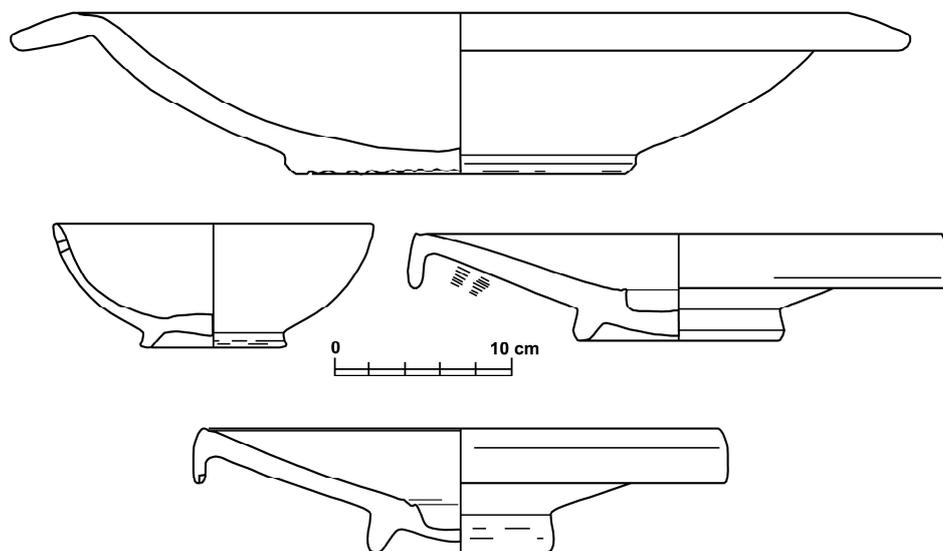


Fig. 13. Mortero y vajilla de mesa ebusitana de poblados talayóticos del SE de Menorca según Castrillo 2005, modificado.

Desde el punto de la arqueología, las evidencias, al menos las publicadas (Plantalamor 2000), son (demasiado) escasas y, en la práctica, se reducen al contenido del relleno de una fosa en la c. Alfonso III, donde es obvio que coexisten fragmentos de materiales ebusitanos de la *facies* FE-13 (perfectamente contemporáneos a Magón o incluso ligeramente anteriores), junto con otros, incluidos itálicos, de bien entrado el siglo II aC (fig. 7). En suma, el mismo paisaje que se observa en cualquier otro yacimiento arqueológico de esta isla, que de no ser por la fuente de Livio y de la similitud entre los nombres púnico y actual, nadie hubiera relacionado jamás, al menos de un modo tan concreto, con el general cartaginés.

Llama, pues, la atención en Menorca, el altísimo porcentaje que, sobre el global de los complejos vasculares, las importaciones y entre ellas, con diferencia, las ebusitanas, llegan a alcanzar durante el siglo III aC. Este hecho no parece vinculable de modo intrínseco, o al menos en exclusiva, a la época de la Segunda Guerra Púnica, porque arranca decenios antes, durante la primera mitad de esta centuria, momento de las ánforas T-8121.

Por contra, ya se ha visto que no existen (o no se han publicado) elementos de juicio que permitan asegurar que el panorama antes descrito para Menorca fuera igual en Mallorca. Por ahora, cabe decir que de asentamientos excavados y dados a conocer mínimamente en amplitud, como ses Païsses y son Fornés este tipo de materiales, siempre con excepción de las ánforas (cuyo porcentaje parece ahora mucho más bajo), prácticamente es invisible. Si ello llegara a confirmarse como una tendencia diferencial

en relación a la Balear menor, podría hablarse de algún tipo de relación distinta con Ibiza a lo largo de buena parte del siglo III aC, que por ahora es difícil de evaluar. Por ello, es probable que Magón marchara en el 206 aC a Menorca, sobre un terreno ya previamente abonado. Sí, a la espera que nuevas fuentes de información lo confirmen o desmientan, es posible ver comportamientos distintos en ambas islas, a lo largo del siglo III aC, el panorama del II aC parece apuntar hacia una tendencia más igualitaria.

En efecto, la presencia de elementos vasculares ibicencos, entre los cuales las ánforas siempre ocuparon un lugar significativo, puede rastrearse no sólo durante todo el Alto Imperio, sino incluso hasta la Antigüedad Tardía. El siglo II aC tiene hitos históricos importantes y el más recurrente de ellos es la conquista del 123 aC de Metelo. El panorama de objetos ibicencos en Mallorca y Menorca recuerda mucho, puesto que también comprende todas las categorías vasculares, el observado en esta última isla ya desde la segunda mitad del siglo III aC. Probablemente se ha utilizado en demasía el argumento de la conquista romana, convirtiéndolo en un antes y un después, empezando por el abandono de na Guardis, un abandono que en realidad pudo ser anterior y obedecer a otros motivos, sobre los cuales no se va a entrar ahora.

4. CONCLUSIONES

Cabe admitir que la sociedad postalayótica (Lull *et al.* 2001; Calvo y Guerrero 2011, entre otros muchos trabajos) ofrece rasgos peculiares y, para hablar con claridad, un tanto atípicos, si se ponen en relación con su momento histórico -que coincide con la época tardo-arcaica, clásica y helenística en Grecia y en el mundo púnico con la época media y tardía- y su contexto geográfico, en pleno Mediterráneo centro-occidental: el tipo de asentamiento y su arquitectura, así como la falta de evidencias de escritura y la perduración de las cerámicas a mano, reflejan claramente este hecho, cuyo calado por fuerza debió ser más amplio. Por otro lado, su sistema económico, esencialmente agropecuario y, sin duda, ajeno a los grandes monocultivos. Aparte, está el conocido tema del mercenariazgo.

Si se trata de las relaciones de estas comunidades isleñas con otras foráneas, entre las cuales la de Ibiza ocupa un lugar muy destacado, por no decir privativo, durante los siglos aquí considerados, lo primero que conviene es una selección entre la multitud de términos que pueblan la literatura científica actual, conceptos que, como al principio se ha señalado, no se hallan exentos, ni de peligrosas connotaciones, ni son ajenos al devenir de modas semánticas, cada vez más alejadas de la realidad original y sujetas a prejuicios morales de toda clase.

Aquí, naturalmente, el concepto clave es el de “colonización”, pero también otros, como “comercio empórico”, utilizado a menudo como contraposición al intercambio aristocrático, que le antecede en el tiempo, y que literalmente debería entenderse como el resultado de la acción de los *ἐμποροί*. De todos ellos se ha tenido sumo cuidado en

prescindir a lo largo del presente artículo.

Es bien sabido que actualmente se llega a aplicar el término colonización a la mínima actitud susceptible de ser traducida en términos de relación desigual entre sociedades o, incluso, entre sujetos de distinto ámbito geográfico y que, naturalmente, se aplica a las relaciones económicas, pero también a cuestiones socio-ideológicas emparentadas. La colonización y su discurso teórico no son, ni mucho menos, un hecho inherente a la Antigüedad, sino más bien al global de la historia humana, un fenómeno familiar a los discursos históricos de todos los tiempos.

Interesan ahora dos definiciones escritas en la Era Contemporánea, pero cuando la colonización europea en diversos continentes se hallaba aún en plena vigencia:

Colonisation: On nomme ainsi, du verbe latin colere, colonus (cultiver, cultivateur, colon), l'occupation, le peuplement et la culture des parties du globe qui sont inoccupées, non peuplées, incultes (Duval 1863, 401).

Il faut réserver le nom de colonisation à l'appropriation, à la mise en œuvre et à l'exploitation du sol, et, à un certain degré, du sous-sol immédiatement utilisable. Coloniser -de colere, cultiver- c'est, essentiellement, exploiter un terrain ou un territoire soit jusque-là sauvage ou à l'état de nature, soit déjà en partie aménagé, mais néanmoins toujours en posture économique trop médiocre pour fournir une production régulièrement avantageuse (Harmand 1910, 102).

Y también la concepción de G. Pervillé, en un lúcido artículo:

En effet le verbe latin colere, signifiant cultiver une terre, habiter un lieu, et honorer ses dieux, a donné les noms colonus : paysan, en particulier métayer ou serf attaché au sol, et incola : habitant. La « colonie » (colonia) est soit une terre cultivée, une ferme, soit un territoire donné à cultiver à des soldats en récompense de leurs services ou à des citoyens sans terre. Le même mot désigne la ville nouvelle qui sert de centre civique et commercial à ce territoire, et le groupe des hommes qui s'en vont peupler le nouvel établissement.

A l'opposé, dans le système d'exploitation, l'indigène est nécessaire au colon qui n'a pas intérêt à l'anéantir s'il ne veut pas travailler de ses mains. Cela est si vrai que dans les premières colonies du nouveau monde l'effondrement démographique dû au travail forcé des mines et des plantations et aux épidémies importées d'Europe obligea les colonisateurs à importer d'Afrique une main-d'œuvre plus résistante. Il y a donc deux types idéaux de colonies, les colonies d'exclusion et les colonies d'exploitation (Pervillé 1975).

En relación, precisamente, a las Baleares, V. M. Guerrero (2004, 3) afirmó:

“... el registro arqueológico puesto al descubierto en las últimas décadas, desde que comenzase a excavar en 1978 la factoría púnico-ebusitana, ubicada sobre el islote de Na Guardis, es tan elocuente que no deja muchos resquicios de duda para obligarnos a

enfocar la protohistoria reciente de las Baleares como un sistema colonial pleno, nucleado básicamente desde Ibiza...”.

Los indicativos clave de esta situación plenamente colonial, para el autor citado, serían:

1. Fundación de un asentamiento extranjero en Mallorca, unido a una red de escalas costeras.

2. Explotación industrial de las salinas del Sur de Mallorca, lo que implica mano de obra indígena sometida, así como gestión directa de la misma a cargo de agentes púnicos.

3. Prestación de servicio de armas en las filas de los ejércitos coloniales en forma de levas de mercenarios (*id.*: 3).

La lectura literal de este discurso, sin duda producto de momentos de euforia, provoca la impresión que, en relación a la ebusitana, la comunidad balear no era otra cosa que una sociedad completamente sometida y forzada incluso a un servicio militar obligatorio.

Sin embargo, otros investigadores, de modo tajante, rechazaron después esta visión, por ejemplo:

“el concepto “colonización”, referido a la incidencia púnico-ebusitana sobre la sociedad autóctona de Mallorca es inadecuado, no sólo en base a los datos disponibles, sino también desde un punto de vista teórico (Hernández y Quintana 2013, 316)”, añadiendo además: “A modo de conclusión, y para responder a la pregunta que planteábamos al principio, podemos afirmar que no se produjo el cambio hacia un modelo de comercio *maqom* o empórico. El uso de un concepto como colonización parece totalmente inapropiado para describir la actividad ebusitana en Mallorca. Ningún lugar en el archipiélago balear puede ser considerado como una colonia, ni las dinámicas comerciales modificaron su naturaleza (únicamente en términos cuantitativos), al menos hasta el siglo II a.C., tras el drástico cambio del escenario internacional en el Mediterráneo Occidental (*id.*, 327)”.

De hecho, todo ello fue bastante matizado por el propio Guerrero, en compañía esta vez de M. Calvo, en un trabajo aún más reciente (Calvo y Guerrero 2011, 126-135), donde se hizo hincapié en la intención premeditada de los ebusitanos en asentarse en islotes y no el interior de Mallorca, poniendo en tela de juicio el fenómeno de colonización, a favor de un proceso de interacción o, incluso, del simple intercambio desigual. Además, se plantearon conceptos de resistencia por parte indígena, al no haber adoptado elementos como escritura, la producción local de cerámica a torno o la moneda y también, en base a la poca presencia de ánforas ibéricas en na Guardis (que en realidad se rarifican a finales del III y II aC también en Ibiza), frente a otros yacimientos indígenas, la posibilidad que los ebusitanos no controlaran por completo la totalidad del comercio exterior balear y, en definitiva, se admitió la posibilidad que el dominio púnico sobre el mundo autóctono

no fuera tan fuerte como se había supuesto. En suma, un vuelco casi total a la manera anterior de ver las cosas.

Antes de seguir adelante, y aunque sea simplemente para no perder los puntos clave de referencia, conviene enumerar algunos de los aspectos diferenciales de la situación en Ibiza, que, como contraposición a Mallorca y Menorca, ahora resultan decisivos: un gran centro urbano púnico, superior a las 20 hectáreas (Ramon 2011b), a la cabeza de un *ager* bien delimitado por los contornos de la isla, con una extensión muy considerable de territorio destinado al cultivo de la vid, completamente parcelado y poblado de multitud de implantaciones rurales habitadas, que operaban en función de un comercio ultramarino en un radio amplio y a gran escala, bien atestiguado por la arqueología (Ramon 2013).

En ningún sentido, absolutamente nada es comparable a las Baleares, por lo cual, si Ibiza puede considerarse en el sentido más genuino y auténtico como una colonia de población (y de exclusión, dicho sea de paso) ¿de qué cabe calificar las islas mayores del archipiélago, acaso de colonias de explotación?

Aunque a primera vista pueda parecer fuera de lugar, si se enfoca el asunto desde una comparación con los fundamentos del llamado “pacto colonial” o “régimen de lo exclusivo”, aplicado en la Edad Moderna, por las metrópolis europeas a sus colonias de ultramar (Duval 1863, 401-405), algunas similitudes con la situación en las Baleares son, como mínimo, sospechosas. Dicho pacto tenía como ejes básicos cinco puntos: mercado reservado a los productos manufacturados en la metrópolis, aprovisionamiento de la metrópolis en materias primas y alimentos de primera necesidad, monopolio de la navegación bajo “bandera nacional”, prohibición a las colonias de reproducir sistemas industriales y cultivos similares a los metropolitanos, impuestos financieros sobre las mercancías en sentido bidireccional.

En efecto, las Baleares aparecen entre la segunda mitad del siglo V aC y hasta al menos el final de la Segunda Guerra Púnica, como un “mercado reservado” a los productos de Ibiza, en los cuales cabe, evidentemente, incluir también otros de origen no ebusitano, pero comercializados por agentes de esta isla, entre los cuales, evidentemente, vino ibérico. No están claras otras navegaciones comerciales en este lapso temporal por parte de otras entidades y el análisis de las evidencias arqueológicas realizado más arriba autoriza hablar, no sólo de una hegemonía comercial, sino de un verdadero monopolio ebusitano.

En cuanto al aprovisionamiento de la metrópolis en materias primas y productos alimenticios de primera necesidad, es también obvio que las Baleares debieron surtir productos deficitarios de este tipo. ¿Qué productos, en concreto, se preguntan algunos autores? Debe insistirse sobre el grano (Ramon 2013) cuya visibilidad es escasa en época talayótica, a favor de la ganadería, pero en la fase posterior, la que afecta ahora, parece cobrar un cierto auge. El tema del aprovisionamiento de hombres y mercenarios, será tratado más específicamente después.

Por lo que concierne a la “bandera” única de las navegaciones, ello iría implícito en la lógica de una comunidad de fama acreditada y amplísima experiencia marítima, frente a otra como la Postalayótica, de escasa tradición, al menos contrastada (Guerrero 2006), pero también en un hecho obvio y directo, prácticamente la totalidad de los pecios en aguas litorales de Mallorca y Menorca se atribuye, casi por unanimidad de la comunidad científica, a Ibiza, con las excepciones accidentales antes apuntadas.

En relación a la prohibición de reproducir industrias y cultivos similares a los metropolitanos, he aquí, de nuevo, otra realidad sospechosa, la amplísima e intensiva extensión de cultivos de vid en Ibiza (Ramon 2013), frente a la absoluta ausencia en las dos islas de referencia. Lo mismo podría decirse de otras producciones, sin duda a menor escala, como el aceite o las manufacturas cerámicas a torno. ¿Se trataba, en todos estos casos, de simples fenómenos de resistencia?. El planteamiento no acaba de convencer.

Finalmente, lo de las tasas de intercambio, de las cuales no existen, como por el resto es lógico, pruebas directas y, sin embargo, cabe deducir cuestiones de este tipo, por ejemplo, en los tratados Roma - Cartago, que reflejan claramente que donde había libertad de transacción, esta no era exenta de impuestos.

¿En base a los conceptos esgrimidos antes, podrían calificarse Mallorca y Menorca postalayóticas de colonias de explotación? Una respuesta taxativa es prematura.

En otro orden de cosas, cabe recordar que algunos autores admiten que por parte baleárica el contracambio esencial a la entrada de vino foráneo, fueron hombres para luchar, a modo de mercenarios, en ejércitos también foráneos, cosa atestiguada por las fuentes, entre el 406 y el 201 aC. Ante ello se imponen inmediatamente algunas preguntas, la primera, el vino, que refleja la arqueología, es de producción o comercio ebusitano, al menos en un 90 %, en cambio, son los ejércitos de Cartago los beneficiarios de esta transacción.

Conviene insistir una vez más que el conocido texto de Diodoro (*Bibl. Hist.*, V, 16-18) es explícito en todos sus términos: “(…) no producen nada de vino, por esto todos ellos son de manera desmedida inclinados al vino, por el hecho que en su casa escasea (...) en las campañas bélicas que realizaron tiempo atrás con los cartagineses, no llevaban el sueldo a sus patrias, sino que lo malgastaban todo en mujeres y vino”. ¿Cual era la mecánica habitual? Cabe simplemente imaginar estos hombres cobrando el sueldo de turno y acto seguido invirtiendo en los productos citados, pero *in situ*, es decir en la propia Sicilia, donde este tipo de material no escaseaba precisamente. No es de creer que regresaran, los que quisieron y pudieron hacerlo, acompañados de mujeres y con ánforas de vino a cuestas, un vino que además en este caso no hubiera sido ebusitano -sino greco-siciliano, púnico-siciliano o cartaginés. La realidad, es que la presencia de ánforas de tales procedencias en las Baleares, hasta incluso después de la Segunda Guerra Púnica, es demasiado baja para sustentar este punto de vista y los pocos envases de este tipo registrados parecen más bien objeto de recomercialización ebusitana.

Además, Diodoro (*Bib. Hist.* XIII, 80, 2) también explica que los generales Himilcón y Aníbal (406 aC) decidieron comisionar dignatarios, que gozaban de gran estima entre los cartagineses, con mucho dinero, unos a Iberia y otros a las Baleares, con el encargo de reclutar el mayor número posible de mercenarios. He aquí, pues, una información esencial, que no sólo es útil como testimonio de la presencia de los isleños, sino que además ilustra un *modus operandi*, lógico, por otra parte, el pago de algo así como un anticipo en metálico, por personajes del propio estado cartaginés y de su entera confianza, con la finalidad de sellar un compromiso con los mercenarios quienes, a partir de ahí, podrían considerarse enrolados y acto seguido transportados. El resto, ya en los escenarios bélicos, sería cobrado puntualmente según condiciones y circunstancias precisas.

Considerar la presencia del vino foráneo bajo la óptica que este era utilizado primordialmente para obtener el beneplácito de las élites de la población talayótica, cara a la participación bélica por parte de muchos de sus miembros, en conflictos cartagineses (p. ej., Hernández-Gasch y Quintana 2013, 328-329), aplicado a un momento inicial, podría tener una cierta lógica, pero referida a los momentos álgidos, donde es obvio que su consumo se generaliza, parece una visión reductora de una realidad compleja o, cuanto menos, distinta; se suscriben, por tanto, otras opiniones que se desmarcan de este punto de vista (p. ej., Guerrero, Calvo y Salvà 2002, 246-247). En realidad, el motivo de la difusión del vino aparece claramente explicado en Diodoro: no producen vino y este mismo hecho hace que la inclinación de “todos ellos (los Baleares)” por el mismo, sea desmedida, pero aquí una pregunta es obvia, ¿si la comunidad baleárica era tan amante del vino, porque no lo fabricaba? Se volverá sobre este tema, ya que podría tener otras connotaciones.

Además, otra cuestión, la proyección de ánforas ebusitanas continuó a notable escala aún durante buena parte del siglo II aC, cuando históricamente ya no es asumible la contratación de mercenarios en ejércitos de Cartago. Dicho esto, cabe pensar que el tema de los mercenarios para Cartago y la presencia de vino ebusitano (o de comercialización ebusitana) en la Baleares son dos cuestiones que funcionaron más bien en paralelo, sin que la una sea realmente consecuencia de la otra. No obstante lo dicho, cabría también considerar otro tema altamente complejo y sugestivo, el de las relaciones Cartago-Ibiza, imposible de abordar en este momento; es suficiente, por ahora, admitir que Ibiza, con una privilegiada situación geográfica, y con un conocimiento mucho mayor del terreno, debió colaborar estrechamente con la metrópolis africana en los reclutamientos, aunque probablemente mediante otros sistemas o tipos de acuerdo.

En realidad, las Baleares no fueron, ni mucho menos, el único mercado exterior importante de los ebusitanos (Ramon 2013, entre otra mucha bibliografía), hecho que no es intrascendente y, además, no sería lógico considerar de modo distinto fenómenos aparentemente similares y, desde luego, paralelos. Por ejemplo, el mercado ibérico, donde, al menos desde hace muchos años, los investigadores no hablan de colonización, sino simplemente de comercio.

La descripción de Diodoro da idea del concepto de primitivismo que, aún en su época, se tenía de la comunidad balear que, por fuerza, debía ser considerada bárbara, entre los propios bárbaros. De algún modo, sería una tentación asociar la perduración de este primitivismo a intereses externos y, en este caso, más concretamente ebusitanos, cimentados sobre la teoría que las cosas cambiaran sólo lo estrictamente necesario para que todo siguiera igual.

A modo de conclusión, se emiten las consideraciones siguientes:

En el marco territorial de Mallorca y Menorca no se observa de manera clara ningún género de presencia púnica, al menos permanente y susceptible de haber generado rasgos distintivos propios de cualquier tipo. Si se rastrean otros marcos de influencia cultural como, por razones de recurrencia hartamente conocidas, la religión, la respuesta es siempre la misma. Se pretenda una introducción de cultos púnicos y dejando de lado si se trata de una realidad verdadera, o sólo aparente, en la práctica, el resultado palpable pone en evidencia combinaciones que no existen en un marco estrictamente púnico: la sociedad talayótica, junto con todas sus manifestaciones, era muy distinta a la ebusitana.

Sólo en los islotes de na Guardis y na Galera es posible afirmar que la mano ibicenca fue más allá de simples desembarcos comerciales, porque estas instalaciones, propiamente, son púnico-ebusitanas. Incluso, como antes se ha dicho, su naturaleza es peculiar, extremo que parece claro con la nueva documentación de na Galera, donde existe con pocas dudas un edificio singular. En cuanto a na Guardis, ya se ha visto que la naturaleza este enclave, interpretada habitualmente como “punto de recepción / redistribución y reparación de embarcaciones, además de lugar de control de las cercanas salinas (Guerrero 1997, 249, entre otros trabajos)”, podría ser más compleja o simplemente otra. Aquí, sin embargo, un hecho parece significativo, y es que su época álgida, que se sitúa en la segunda mitad del siglo III aC, no es el momento más activo del comercio ebusitano en Mallorca, pero sí en Menorca, dato que tampoco encaja en determinadas lógicas.

El que, al menos en parte, esta cronología coincida con la época de la Segunda Guerra Púnica y, más aún, con el global del fenómeno bárquida en la Península Ibérica, podría llevar al supuesto de una relación causa-efecto, cuya mecánica y naturaleza, en caso afirmativo (que no está garantizado), distan por ahora de ser claras.

En cualquiera de los casos, la presencia de signos de este tipo en la costa meridional de Mallorca, que aparentemente no tiene parangón en otras zonas, incluido el resto de las Baleares, donde actuó de forma intensa el comercio ebusitano (*cf.* en último lugar, Ramon 2013), sin duda, tiene un significado preciso, aunque por ahora sea difícil de comprender.

Hoy por hoy, puede decirse que el conocimiento de las relaciones entre la Ibiza púnica y las Baleares dista aún de ser entendido en toda su dimensión y, precisamente por ello, todo intento de encajarlo en modelos establecidos en otros lugares, puede resultar

fuera de lugar o, simplemente, prematuro.

Para acabar, una impresión derivada del conocimiento actual de la Ibiza púnica y desde el análisis antes expuesto: la Pitiusa, a partir de los últimos decenios del siglo V y sobre todo durante el siglo IV y el III aC, tuvo algún tipo de presencia considerable sobre las Baleares, que además dio un salto, no sólo cuantitativo, sino también cualitativo, en la segunda parte de esta última centuria. Qué todo ello se quiera traducir en términos de dominio y explotación, dependerá también del punto de vista que se aplique; en todo caso, cabe no olvidar que las fuentes históricas son parcas y a veces confusas, mientras que las evidencias arqueológicas resultan complejas, aunque estas últimas, en determinados casos, parecen reflejar algo más que simples acciones de comercio.